

X BIENAL ORLANDO
NACIONAL ARAUJO
DE LITERATURA
2022

Joel Gilberto
Rojas Carrillo

MONTES Y CULEBRAS

NARRATIVA



Montes y culebras

X Bienal Orlando Araujo
Mención Narrativa
GANADOR 2022

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

Montes y culebras

© Joel G. Rojas Carrillo

Corrección

Ximena Hurtado Yarza

Diagramación

Odalís Vargas

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2023

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2023001391

ISBN 978-980-01-2380-5

Joel G. Rojas Carrillo

Montes y culebras

X Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo

Veredicto

Nosotros, Laura Antillano, C.I. N.º V-4.520.083, Nelson Chávez, C.I. N.º V-29.845.613, y Carlos Ortiz, C.I. N.º 8.636.147, convocados por el Centro Nacional del Libro (CENAL) como jurados de la X Edición de la Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo, después de leer y evaluar cuidadosamente los trabajos concursantes, en cuyo conjunto consideramos la participación de un buen número de obras de considerable valor literario, decidimos por unanimidad otorgar el Premio Único a la obra titulada: "Montes y culebras", firmado con el seudónimo: Apolonio Terreno. Porque resulta un texto denso, que refleja un conocimiento profundo del lenguaje literario regodeándose en la descripción de personajes y circunstancias, y en cuyos argumentos prevalecen los sucesos propios de una comunidad rural con visos de urbe, y entraña de campo, mostrando la alegría y el dolor del pueblo humilde, al modo de la obra misma del escritor que fue Orlando Araujo, a quien se hace homenaje con este certamen.

Abierta la plica correspondiente, la misma identifica al autor: Joel Gilberto Rojas, C.I. N.º V-11.942.276, natural de Caracas, Venezuela.

Firman:

Laura Antillano

Nelson Chávez

Carlos Ortiz

*... damos demasiada importancia a nuestra persona;
diríase que la universalidad de las cosas creadas
sufre en algún modo a causa de nuestra desaparición,
y que se apiada de nuestro estado; porque nuestra vista
trastornada se representa las imágenes de las cosas
de un modo engañoso, creemos que estas se van
a medida que nosotros desaparecemos.
Lo propio que acontece a los que viajan por mar,
para quienes montañas, campiñas y ciudades,
cielo y tierra marchan en sentido inverso a su camino.*

MONTAIGNE

Montes

*Mi señora la bordadora,
la bordadora que borda con tela negra.*

*Bórdame mi corazón,
oye mujer, pasito y que no me duela*

(...)

*Yo no le temo a la muerte
ni que la encuentre en la calle,
porque sin permiso de Dios,
verdad mi amigo, la muerte no mata a nadie...*

ÁNGEL CUSTODIO LOYOLA

Sendero

¿Por qué tuve que meterme por aquí? La pregunta había llegado con el alivio del segundo ataque de tos, que puso el pasado frente a su cuerpo. La respuesta lo hizo sentirse perdido de nuevo, y le puso frente al pasado también el pensamiento. Exactamente en ese sitio, en ese sendero.

Quince años, Amable, quince años de huida, de olvido, de ausencia. Quince años de andar alejándote de aquí y ahora vuelves. Pero ya no eres débil, Amable. Sigues siendo callado, discreto, eso sí; pero ahora sabes que ese silencio tuyo es escudo contra tu debilidad y es parte de ella; porque aunque ya no seas débil tu debilidad se te enfrenta, te reta, y tu silencio siluetea el rostro de tu debilidad, y también, y más, y por eso, el contorno que define el rostro de la muerta. No el rostro de Felicita viva, que tu huida borró al punto de no haber vuelto en todos estos años sino dos veces a su recuerdo, contando esta; a decirle aunque fuera desde lejos tu lamento y tu secreto. Ni siquiera la posibilidad que ahora admites de que a lo mejor así se libera de no saber, de no haber sabido que tú conoces muy bien la mano que la malogró, y así deja de ser el alma en pena que puede estar siendo, si es que son ciertas esas cosas que decía la vieja... No, Amable, eso no es suficiente para que regreses. Total, tú no la querías tanto, ni siquiera como para llevarle flores, ni a la viva ni a la muerta. Apenas la conociste, Amable. Era bella, confiada, alegre como la gente inocente; eso lo notaba todo el pueblo... ¡Carajo! Aunque nadie lo dijera le daban a Felicita lugar santo en aquel paisaje de beatos, rufianes, indiferentes. Desde niña... Felicita. Tu novia... La muerta.

Esa noche fuiste a la loma donde estaba su casa porque no habías querido quedarte en el rancho cargando con los oídos hinchados por la infección, con el pecho hinchado por la tos, con los oídos y la cabeza y el pecho hinchados por la rezadera en voz alta de la vieja, con todo el cuerpo y toda el alma hinchándose de tos, con la tos hinchada por la culpa maniática de la vieja. Pobre vieja...

La tos, la tos... A veces crees que esa manía tuya de huir siempre de todo por nada y de ponerte plazo para irte apenas te acostumbras en algún lugar; de ir repasando la huida noche a noche, meditando los detalles de la partida sin plazo conocido pero cierto, pensando todas las noches por lo menos un poco, aunque la tos viniera, en la conveniencia y las trampas del espacio, de las casas y los caminos, de las personas y los negocios; en ordenar y cumplir ante todo tus deudas; en tu estar siempre callado y no tener con nadie relación distinta a la monotonía de todos los trabajos y de todos los burdeles; en la necesidad de irte siempre apenas llega el día en que el trabajo está cumplido, la tos no está, y no hay nadie que pueda reclamarte ninguna deuda por más pequeña que sea. El plazo de la huida llega entonces firme, completándose; nadie puede reclamarte nada, o esperarte... si acaso algún día regresas, aunque tú no eres hombre de andar devolviéndote... A veces crees que esa manía de huir siempre de todo y por nada nació de la culpa inventada, masoquista y como sádica de la vieja. La vieja declarándose pecadora, confesándose en voz alta, sin nada qué confesar verdaderamente pero aprovechando que tú estabas siempre en la casa para escucharla y acompañar su culpa y su pena; por la lluvia siempre: "Está brisando fuerte, si sales la tos va a venirte también con fuerza". Siempre sentiste lástima por

la vieja, asco por su culpa inventada, y miedo de ser tú culpable, porque no era cualquiera quien te acompañaba en tu hinchazón de tos, era la vieja...

“Perdónanos, mi dios, por tanto pecado cometido”, “Perdónanos, diosito, por no poder dejarle al prójimo la puerta abierta”, “Perdóname, dios de las alturas, por haber parido un niño débil”, “Perdona a mi hijo enfermo, dios de la salud, por estarse siempre con esa tosedera”, “Tú sabes lo que haces. Quién soy yo para contradecirte la tos y la lluvia y esta culpa tan grande que llevo”... Tú callabas, Amable, cuando no tosías callabas. Nunca le reprochaste nada a la vieja, nunca dijiste nada, ni siquiera cuando te mojabas por cumplirle alguna tarea al viejo, que nunca te hablaba para asuntos distintos: “Vaya y busque las bestias que están en el potrero viejo”, “Hay que limpiar la guardarraya hoy porque mañana va a llover más y usted no puede”, “Tráigame de donde Miguelón Andrade una silla que me tiene lista y pregúntele cuándo llegan los casquillos de seis. Y si le comenta del negocio de los quesos no diga nada, esas son cosas de hombre y usted es muy joven todavía, y además débil”. Nunca le reprochaste nada al viejo. Tampoco dijiste nada cuando Felicita te dejó rozarle la mano el día que la vieja te mandó a buscar al viejo porque un becerro se había quedado ensartado en el cerco. Ese día los hombres te dijeron que subieras a la casa de la loma, que allá estaba el viejo. Lo encontraste poniéndose la ruana y el sombrero, parado bajo el marco de la puerta. Se despidió con una seña de doña Felicia y antes de subírsele al caballo te dijo que fueras adentro a buscar el rejo que había dejado recostado tras la puerta: “Vaya. Y rápido, carajo, usted sabe que yo no soy hombre de andar devolviéndome”. Tos, tos, tos...

No se podía subir a la loma donde estaba la casa de Felicita sin pasar por la casa de las mujeres; ahí ibas cada vez que la vieja te mandaba a buscar al viejo; adentro siempre había gente y bulla, y nunca había gente afuera, salvo alguna de las mujeres que salía a descansar echándole humos a la niebla. Todas te conocían, te cuqueaban diciéndote que dejaras quieta a Felicita, que ella era inocente y no sabía hacer lo que ellas podían hacerte, que le pidieras al viejo que te convidara; una vez la curiosidad te detuvo y una colombianita te acarició y te pellizó el pelo detrás de la oreja; esa vez tosiste y subiste corriendo a la casa de la loma... Tos, tos, tos... y cuando regresaste al rancho la tos vino con fuerza. “Perdónanos, mi dios, la inconsciencia de mi hijo débil como helecho y mi falta de fuerza para componerlo. Y perdona también al viejo que esta noche seguro no llega. Todo es mi culpa, santo dios del cielo y de la lluvia y de la tierra... el viejo es el único que puede mantener las bestias y los plantíos y vender los quesos... Tú sabes, todopoderoso, que mi hijo es débil”.

Volviste cuando habías pasado varios días sin toser. Era viernes, sabías que entre seis y seis el viejo no estaría afuera de la casa de la loma; estaría en el burdel, como todas las mujeres y todos los hombres que iban a verlas. Igual esperaste, y antes de que la vieja te dijera por primera vez esa noche que fueras a buscar al viejo, tú ya habías comenzado a fingir la tos para retrasar la salida. Tosiste con cuidado, no fuera a ser que la tos de verdad viniera. Esperaste, Amable, esperaste hasta las ocho, saliste y llegaste hasta el pórtico y te quedaste bajo el techo de helechos, imaginando humos recostado del bahareque, esperando no toser y que dieran las nueve campanadas en la iglesia. Encontraste a Felicita en la puerta, te dijo que te había estado esperando

todas las noches y tú contaste que sólo una noche había pasado en tu mente; te preguntó por qué le habías tocado la mano; te dijo entre brava y risueña que si eran novios tenías que decírselo de una vez, porque ella no era “como las mujeres del negocio de los sátrapas”; te dijo que ella ni siquiera era como su mamá que tenía el lugar por herencia pero que todo lo demás se lo había ganado con esfuerzo, aunque haya sido ese esfuerzo; que ella era inocente, y que si tendría hombre era para irse con él de esa casa y de este pueblo, y que si se lo preguntabas te decía que sí, pero tú no preguntaste porque ya sabías la respuesta.

Hacía tiempo que la tos no venía... Con el paso de los años la tos se ha hecho cada vez menos presente. Empezaste a fumar hace tres años y durante todo ese tiempo la tos ha venido fuerte sólo dos veces: una vez cuando cruzaste a nado el río para irte del hato de don Juvencio; las lluvias que estaban llegando habían detenido la única barca porque el río podía crecerse, pero se había cumplido el plazo de la huida. A lo mejor el río estaba hasta más grande de lo que recuerdas; igual cruzaste, porque retrasar huidas tú no sabes hacerlo. La otra vez fue cuando te emborrachaste en aquel caserío por donde tenías poco tiempo trabajando de ordeñador; te botaron del bar en pleno aguacero porque era hora de cerrar y casi nadie te conocía, y la pieza donde dormías quedaba lejos. Sólo esas dos veces... Pero la maldita tos vino otra vez, ahora que vuelves, ahora que en vez de una huida estás meditando el regreso... Tos, tos.

Huiste, Amable, y con tu huida hiciste este sendero para irte de ese valle donde sigue lloviendo después de tantos años. Las sombras que se mueven bajo el caballo dibujadas contra los helechos por la luna llena y débil, te

recuerdan al viejo. Ahí están otra vez la lluvia, la vieja, el sendero nuevo hace quince años que ahora es camino hecho, apenas más ancho que tu cuerpo, Amable, pero hecho. Y aquí viene otra vez la tos, y otra vez el rostro de Felicita, la muerta, grande como la luna boba y débil...

Amable, tú no eres débil, pero regresas...

¿Por qué tuviste que aceptarle el trago a Apolonio, si tú no tienes amigos en ninguna parte? Y menos en este jodío pueblo... Esta noche no se va a ir la tos, la tos...

¿De qué será culpable la vieja cuando vea que regresas?

No quisiste entrarte por el camino real porque no estás acostumbrado a meditar la llegada a ningún lugar; sólo pensabas en la huida, pero ahora la llegada es en verdad el regreso de una huida. La primera... Y si logras irte de nuevo será como una llegada... Te lamentas de no haber agarrado el camino real, te sientes culpable otra vez, cansado, molesto contigo mismo, con la vieja, con el viejo, con doña Felicia, con el pueblo, con la tos, con la tos y con la muerte.

Te sientes débil...

20

También te sentiste culpable cuando llegó la noticia de la muerte del viejo. Sentiste culpa por haber dejado a Felicita, la muerta, y a la vieja. Culpa del alivio que sentiste, en el pecho y en la cabeza...

Han pasado dos semanas de haberte encontrado con Apolonio, ¿o era su espectro?... no, tú no crees en esas jodas, y a ti el alcohol no te pone a imaginar vainas... Tos, tos...

Seguro que era Apolonio. Han pasado quince años y ese carajo todavía te recuerda aunque estés tan cambiado,

aunque ya no seas débil. Dijo que tú eras Amable Contreras, que claro que sí, que te había reconocido por las orejas y por el silencio. Te ofreció un trago y no dijiste nada para aceptárselo, pero le diste la mano y te tomaste el trago de ron, en silencio, mientras él te iba contando lo de la muerte del viejo hace tres años. Quisiste decirle que tú no eres ese Amable, que te estaba confundiendo con alguien, que tu nombre es Franco y tu apellido González, pero recordaste este pueblo, y aquel tiempo; no dijiste nada y ese silencio y esa quietud te delataron. Te tomaste el trago poco a poco, pensando que Apolonio quizá no había necesitado ni tu nombre, ni tu voz, ni tu quietud, ni tu silencio... ni tu tos... ni siquiera había necesitado tu debilidad para reconocerte. A lo mejor te reconoció porque te notó la culpa que creíste haber dejado atrás, hace quince años, en este pueblo al que ahora regresas...

La tos, la tos... La culpa que se subió contigo en este caballo que ahora debes, este caballo tan cansado que te lleva por este sendero, tosiendo, sintiendo culpa también porque por primera vez de verdad debes algo; la culpa que ahora abandona su silencio de años, que te acompaña desde arriba, tosiendo como dios, como la lluvia, como la cara descompuesta de la vieja, como la tos que vino y separó tu alma de tu fuerza, como si tu alma fuera una hoja rozada y puesta a temblar por helechos... La tos, la tos... La culpa de dios y la culpa de la vieja, la culpa de tus oídos hinchados y zumbones, la culpa de tu primera huida, la culpa de tu pecho hinchado tosiéndote en la cabeza, la tos, la tos, la culpa de sentirte otra vez débil... Tos, Tos, Tos...

La culpa de haber dejado a Felicita, tan muerta la pobre... aunque tú no la querías tanto. Era tu novia nomás porque era inocente; porque ella no sabía hacer todavía lo

que te ofreció aquella colombiana; porque sólo tú ibas a poder tener con ella ese trato... La culpa de no quererla tanto como para defenderla, aunque fueras tan débil, Amable...

Pero tú ya no eres débil. El viejo murió en paz, durmiendo; sin decir nada, ni ese día en que murió ni durante las dos semanas que duró su muerte. Dos semanas más ensañándose silencioso con la vieja, doblada sobre el viejo, sobre el jergón, bajo su culpa moliente...

No le preguntaste a Apolonio por la vieja, Amable. No dijiste nada cuando se despidió diciéndote que fueras a verla, que fueras al rancho donde se la pasaba día y noche entre velas... La adivinaste hablando con las velas, hablando contigo y con el viejo y con sus otras ánimas y con un dios frío de lluvia que ahora tiene ojos de candela...

No dijiste nada porque te sentiste culpable de haberla olvidado, de haberla dejado en este pueblo, con la lluvia, con la muerta, con el viejo... Tú huiste para hacerte fuerte, Amable... Esta tos es también la tos de este devolverte espantoso que te está reflejando el cuerpo como una hoja más, meciéndose y goteando consecuencias de la lluvia, al ritmo de los helechos que respiran y no tosen; sabes que no tosen por cómo se están moviendo...

22

Luego te olvidaste otra vez; pediste otro ron y te olvidaste un poco, y una botella entera y te olvidaste totalmente; te quedaste otra vez solo, fuerte; hasta que la noche siguiente una maracucha muy flaca y con manos largas como las de Felicita te llevó entre jalones fingidos y caricias necesarias hasta su pieza. Esa noche soñaste que Felicita te hablaba, muerta: "Vuelve, Amable, yo me quedé aquí, muerta, aunque quién sabe, a lo mejor no estoy muerta de verdad en ese pueblo, y estoy regresando y allá

nos vemos”. Te despertaste hediondo e hinchado, tosiendo por fuera y vacío por dentro.

Pasó más de una semana. El plazo de la huida no se había cumplido. Le pediste prestado un caballo a Manuel Paredes... Todavía le debes, y por eso estás pensando en otro regreso, para saldar la deuda, aunque tú no eres hombre de andar devolviéndote... No pensaste en eso cuando le pediste el caballo ni cuando saliste de su finca rumbo a este valle donde después de quince años todavía llueve. El plazo de la huida no se había cumplido, pero llegó de repente. Y lo aceptaste. Le dijiste a Manuel Paredes que tenías asuntos que resolver, que regresarías a más tardar en una semana, siempre antes de la cosecha. Le dejaste como garantía el salario acumulado; después de restar el alquiler de la pieza no quedó suficiente para pagar un caballo, aunque fuera este, así que le dejaste también tu palabra; a lo mejor eso convenció a don Manuel, porque tus palabras son escasas y por eso convencen... tos, tos, tos... pero le debes, y ahora no sabes cómo hacer con dos regresos; uno pendiente y este que es una huída vieja... Y ahora con esta tos tan hijueputa que te pone de repente tan débil...

Huyes otra vez, Amable. Esta vez huyes de la culpa que es sólo tuya, la de haber olvidado a la vieja y a Felicita, la muerta.

Cuando te señalaron las mujeres que estaban fumando afuera, corriste sin pensar hacia el sendero; las mujeres saltaron de la niebla a los bombillos del techado y gritaban tu nombre, riéndose... Los hombres que estaban adentro, borrachos de sexo y aguardiente, reaccionaron tarde; por eso ganaste la ventaja que te salvó la vida, Amable, por

eso y porque fuiste a dar con el sendero, corriendo por entre dos piedras largas y muy juntas, esquivándole las rodillas y yendo por ahí fundando camino sin darte cuenta, separando el barzal con todo tu cuerpo, fundando fuerza en tu cuerpo, dejando atrás la culpa y el miedo, como dejando hilachas de tu debilidad regadas en el sendero... en realidad no pensaste en que no siempre había sido barzal; en que ya había sido camino de oculte en los tiempos del abuelo, según te había dicho el viejo... tos, tos, tos... ahora lo recuerdas, esto ya había sido sendero... Pero esa noche que huiste fue para ti un sendero nuevo, para ti y para todos los que te persiguieron... Y eso te salvó, Amable...

Quince años de paso de gentes y de bestias lo han convertido en camino hecho. Quince años de tos y de culpa y de debilidad y de miedo de volver y andarte siempre huyendo. Quince años de haber visto al viejo malograr a Felicita, agarrándola por detrás sin que ella en un principio pudiera verlo, y luego a ella haciendo todo el esfuerzo por no ver lo que le estaban haciendo; de quedarte quieto y en silencio; de verlo hacer y luego dejarla ahí, desecha. Quince años de haber descubierto que el viejo te miraba, en silencio, borracho, desde lejos; de haberlo visto montar su caballo como si nada hubiera hecho; de verlo golpearle suavemente la grupa, dejándose pesar y llevar muy lento a la casa de doña Felicia; de verlo entrar a la casa, como si nada, como siempre. Quince años de estar ahí, sin toser, cerquita, de estarte un rato viendo el bulto que el viejo te había dejado, imaginando el rostro de tu novia muerta... hasta que escuchaste los pasos de doña Felicia y saliste huyendo, dejando atrás los gritos, la culpa que no era tuya, y en hilachas toda la culpa de tu rabia débil en la culpa fuerte de la vieja, y los rezos y el sendero que

tampoco eran tuyos, para tus pasos, pero que tú fundaste, que nunca ha sido tan tuyo como ahora que regresas sin plazo de huida cumplido y que la tos te alcanza de repente, más fuerte que nunca, más hinchadora, y más hinchada la culpa y más ancho el sendero... Ahora que la luna boba y débil dejó de dibujarte recuerdos bajo el caballo, con los helechos que pueden escuchar tus oídos hinchados, que tienen la voz de Felicita, que respiran y tienen fiebre, que no suenan como tu vieja que ahora se debe estar lamentando por ti... Ahora que ya ni siquiera toses... Que aunque quisieras no puedes devolverte... Porque estás muerto, Amable, y además tú no eres hombre de andar devolviéndote... Ahora fundaste el final del sendero.

La partera

A El Regalo

*Desconocía que el objetivo del ojo
nada a la deriva de las circunstancias
y que una especie de dinámica incesante
o círculo vicioso era el objetivo del paisaje.*

FRANCISCO PÉREZ PERDOMO

26

Sus ojos no reflejaban nada. Tan negros y grandes como eran para el tamaño de su cara, veían poca luz de cielo. Sus ojotes eran como pozos ávidos que se alimentaban de los bombillos, de la luna reflejada, del fogón, las lámparas, las velas. Eran planos y tenían un brillo fijo, como de salamandra; eran extraviados y a la vez quietos... Mansos también eran. Su mirada era como hacia adentro, fuerte en su suspensión pulseando hacia adentro, como el brote del ojo de agua, que engaña subterráneo haciendo creer que es para afuera. Sus ojos como salidos del mundo hacia adentro de ella, como pozos negros de agua sin agua que habrán de llenarse de nuevo, se repetían en su sonrisa flaca de boca cerrada; ojos y sonrisa junto a un habla baja y pausada definían y enmarcaban a mamá Fernanda, y a la vez la mantenían afuera del marco vital que se manifestaba sosteniendo vapores saliéndose de un peltre, del marco que su figura, fija a las cinco y media en el solar, recibía de un perfil de cambural y un techo. Marco sobre marco y ella escapada indivisible desde el centro.

Se pasaba las horas de los largos días entre el fogón y la cocina de adentro, y cuando los cocimientos le permitían pausa, se sentaba en su sofá de mimbre rojinegro y bordaba pañuelos. Contaba las horas bordándolas, cada hora era un pañuelo.

Mamá Fernanda era puntual con el café en el solar a las cinco y media. Mientras Simón Peraza llevaba las ramas y las mazorcas para el soberao, ella veía a las gallinas desextraviarse bajo el techito de cinc y la sombra del sol recogerse detrás del papagayo y el cambural, con los ojos aperfilaos en el peltre. —“¿Viste, Simón Peraza?, cuando las gallinas se aquietan todas, el café ya chispea luz porque lo amarillo del calor se le puso negro, y como siempre ya tú terminaste de recoger las yerbas de la comisión y es la hora de la cena. Así es siempre, Simón Peraza, así es siempre... Voy a descubrirme la cabeza para probarme unos pañuelos”—. Mantenía su cabeza protegida del sol directo; siempre que ella salía de la casa el sol estaba para otro lado, o yéndose.

A Simón Peraza parecía haberlo escogido ella de entre los varones que trajo. Por el trato podía, por pura malicia boba, comentarse eso. Era mayor que él diez o quince años más o menos. Aunque después de cuarenta años emparejados parecían de la misma edad, y después de cincuenta y dos él parecía más viejo, por los trabajos de campo seguramente. Para Simón Peraza ella era su niña —“Limpia y tersa como recién salida del agua”, le decía siempre—, su niña adorada... Y también un poco su madre era.

Cuando mamá Fernanda salía a buscar sus yerbas en los alrededores del caño, cerquita del ojo de agua, a veces le pedía a Simón Peraza que le alcanzara unas pajitas

blancas y unas hojas redondas que crecían bien bajo la sombra del puente a donde ella ya no bajaba; algunas especiales para las complicaciones las buscaba en el plantío de doña Sagrario, que tenía servido un cañito debajo de un jagüey, o se iba vía El Cerrito bajo la sombra de los mamones, con doña Sagrario y Simón Peraza acompañándola de lejos. Algunas veces hasta La Luna se habían llegado, como buscando Nutrias pero sin llegar a distancia de tres guaruras. Iban pegados al agua, bajo los árboles, caminando despacito buscando sombras por las márgenes secas de los caños. También iba frecuente a los predios que están detrás de la sabana del Martinero, hacia el Juanaparo, “por ahí buscaba las especiales para la sangre brava y para los partos impotentes”.

28 Tenía como cien años asistiendo partos, esos no los contaba; harta gente había recibido con sus manos en este mundo, intermediando con su sombra entre la oscuridad del vientre y la luz nueva que regala las cosas a los cuerpos pelaos; el mundo de cosas iluminadas que durante toda la vida acompañan a la gente, no sólo las celestes. Así, porque era su estilo y su maña, procuró siempre tapar con su pequeño cuerpo de oscuro atavío todo ángulo a la visión de quien recién naciera; luego, ya cortado y atado el ombligo, dejaba a las luces aparecerse en los ojos nuevos: lámparas, candelabros, mesas, puertas, pisos pulidos, ventanas... Luego venía, consciente o no, viva o no, la madre. Ese era su conjuro particular “para quitarle a la vida el poco de muerte que inaugura cada nacimiento”.

En el poblado de menos de mil habitantes, a más de treinta kilómetros del caserío más cercano, se decía que no había nadie vivo y casi nadie muerto que no hubiera

traído al mundo mamá Fernanda. “Por lo menos desde la mudanza de El Jobo...”, decía algún jodedor audaz; “No, cuña’o... desde la mudanza no, puede ser que desde la refundación del treinta y seis... y es seguro que anda trayéndose criaturas desde el rescate del cementerio en el cincuenta”, murmuraba uno más cauto con cierto respeto; los más lenguaraces decían que había traído “al mundo cruel de la peste del primer fundo a los que esta no se llevó, y desde entonces a todo el pueblo. Después del incendio del segundo fundo también ha sido vecina de los trasladados... Mamá Fernanda, que diosito la tenga siempre presente”.

De pequeña —decía siempre mamá Fernanda, como una roída postal de palabras o un mantra que terminaba siendo la única letra que acompañaba la bandola de Simón Peraza— ella había “visto muchos colores en bandadas de garzas reales, paletas, morenas, corocoras, y las reales que dominaban”; todavía llegó a ver “carretas con harta pluma”, con sus ojotes negros había “visto venirse los colores del cielo, aterrizarse, pedazos de luz haciendo en su caída sombras en el suelo, creciendo y desapareciendo; rojas, blancas o pintadas todavía de azul bajo los cuerpos de los colores convertidos en garzas de repente”. Conoció al Novelino de Puerto Nutrias, el que trabajaba con la Fluvial Costanera. “Ese sinvergüenza era un tipito blanco como una vela, junto al musíu Parqué, el turco Mahuad y otros carajos acabaron con nutrias, tortugas, garzas y caimanes. Y con eso estos velinos —como decía mi taita— hicieron que el río Apure se fuera alejando del puerto”.

Ojo de Agua iba por su tercera fundación, todavía conservaba el primer nombre; terco en su significado para esa

geografía, ese paisaje; terco como su gente, que la mitad del año vivía entre barriales que separaban en cuadrículas casi perfectas las pocas y limpiísimas casas de ese pueblo; terco como la vida humana; como un pueblo fundado tres veces; como la sombra que para mamá Fernanda era precisa en su vida y aliada en su trabajo.

Con sus masajes y sus yerbas bajo su sombra, mamá Fernanda no había necesitado nunca a la purísima de Coromoto en su cuello. Sólo cuando la luz del mundo era muy fuerte para la criatura y su sombra no era suficiente para conjurar la muerte que se colaba entre las mangas de su vestido, bajo sus lóbulos vírgenes de zarcillos y entre sus dedos aceitosos y perfumados, ganándole a la criatura la luz como pequeña espada que traía del vientre, ella mandaba apartar todos los ojos, y los suyos y los de la madre, y entonces recitaba aquel salmo que sólo recitaba ella.

El pueblo era como una postal en movimiento que nunca cambiaba realmente, un retrato pobre de los sueños de mamá Fernanda. Una vez alguien le dijo que ella iba a llamarse Paula, como la mamá de Zamora, pero su taita le puso Fernanda a último momento. Alguien más le dijo que Zamora era un héroe barinés y que Bolívar, una vez que iba hacia Mucurita con rumbo a Cartagena, había amarrado su caballo en un matapalo que estaba en la plaza y ahí mismo se dispuso a descansar; y que ese matapalo lo taló años después un enfermero idiota y entusiasmado, codicioso, arquitecto improvisado que colaboró para hacer esa plaza tan pequeña para un pueblo donde su Excelencia el Libertador recibió de una mujer pobre un caballo blanco alimentado con leche de chiva como un presagio; por eso mamá Fernanda decía siempre que como todos los niños que nacían hacia ella, ensombrados, eran los hombres y

mujeres del héroe, y no los que quemaron el pueblo, esos que llegaron huyendo de las reclutas coloradas y federales, los que colgaron sus sombreros y se comieron todos los caballos, se alejaron de la guerra, usaron la pólvora asesina contra los pobladores inocentes, y se escondieron tras los juncos y los barzales, y debajo de los mamones y los samanes que fue lo único que no incendiaron luego, porque antes de hacerlo se mataron entre ellos.

En los sueños de mamá Fernanda el pueblo era como un río ordenadito y más grande que el Guanare, distinto a los caños que ella frecuentaba, llenitos de yerbas una y de algodones la otra mitad del año. El río de sus sueños era un río pelado. Luego ese río se ponía en desorden súbitamente, y los hombres y las mujeres que habían nacido hacia ella se ponían como garzas sin plumas, o como gallinas, corriéndole a paisanos uniformados que blandían gritos y machetes. En sus sueños las niñas y los niños que habían nacido hacia ella refundaban el pueblo incendiado y pestilente y lo bautizaban entre trabajos quebrando unos espejos. En sus sueños el sol casi no estaba, aunque a veces soñaba matices en el rojo de las hojas del papagayo que dejaba colar amarillos como garzas en vuelo. A veces aparecía el cura que hizo construir tres pueblos —entre ellos el primer fundo de Ojo de Agua— y un puerto, porque poseía cañaverales y regentaba más garceros que feligreses y necesitaba poblaciones para que sus negocios terrenales y fluviales anduvieran. En sus sueños aparecía Zamora resucitado y más flaco, deambulando a veces con Simón Peraza entre los peones del cura fundador de pueblos para mercadeo; el cura se iba en un barco; la población enferma, en camillas de palo bajo los samanes, vomitaba negra su fiebre amarilla, echando por

la boca sombras líquidas a un mediodía que anunciaba la arenga del héroe, y él se iba, se llevaba su cuerpo sano en solitario. Cuando no se despertaba ahí, llegaba ella toda de sombra cubriendo el cuerpo sano de Simón Peraza, y entonces sí despertaba y pensaba en el héroe muerto por un fogonazo que le entró por un ojo, y en el otro ojo que se había quedado abierto para ver a las gentes que fueran naciendo por esos pueblos. Eso le decía a Simón Peraza y a doña Sagrario de sus sueños.

Las autoridades de la capital del estado habían intentado muchas veces detener ciertas costumbres —“insalubres” para la república y “retraso herético” para la iglesia—: todas las casas tenían en alguna pared su gancho, artesanal, especializado, un poco más largo que los de colgar reses, para la tarea secular de beneficiar burros salvajes. A mamá Fernanda le gustaba mucho el solomo de burro pintado, decía que era “blandito como ternera”. Cuando la corporación de salud mandó una comisión para comunicar, explicar y hacer cumplir otra ordenanza —simbólica la misión de esa gente y simbólica su llegada en bestias de carga y llevando carpas como las de la tercera fundación; el primer cura no trajo carpas y el fundo se hizo con palma redonda y paja—. Cuando llegó la comisión del gobierno ya hacía una semana que en el pueblo conocían la novedad y dos días que los esperaban, por eso tuvieron tiempo de bajar todos los ganchos, preparar un marrano, lavar y secar toda la ropa para eventos importantes, barrer las aceras y pulir el liceo que siempre visitaban las comisiones, y al final relimpiar las casas. Como acto simbólico y mensaje llenaron un taparo en el ojo de agua y se lo ofrecieron en colectivo a los comisionados en la entrada del pueblo; los patiquines hablaron, bebieron el agua, hablaron menos,

comieron cochino con tenedor y siguieron para sabana de Nutrias en sus bestias, como paseando, pues era verano.

Mamá Fernanda vivía sola con Simón Peraza, no se le conocía hijo o hija de su propia entraña; aunque las más viejas del pueblo decían que alguna vez la habían visto preñada. Ella y su amiga Consuelo Miranda iban dos noches al año, cuando el río ya se había retirado bastante dejando al sol las riberas, a buscar el algodón para ahuyentar la muerte de los partos y los espantos de los muertos. Tenía especial cuidado en la búsqueda en los alrededores del ojo de agua, orgullo práctico y uno de los tres mitos conservados en el pueblo, extraños en un pueblo joven, aunque haya sido fundado tres veces. El orgullo por el ojo de agua quizá nació después de los incendios; aunque siempre algún carajito del liceo que anduviera por ahí en su sebo, embarriando en moto o cazando pájaros, podría usar el ojo de agua como excusa y lugar de meada. Ella había lavado con sus amigas en ese recodo, cuando el agua que salía del ojo era siempre limpiecita y alcanzaba para beber en todas las casas.

Mamá Fernanda pensaba siempre en una cabeza de Bolívar hecha de calcreto que tenían resguardada en el calabozo de la prefectura, frente a la plaza donde antes estaba un matapalo, esperando a un buen escultor de oficio que amara al Libertador y lo sacara de mirando hacia el río y de busto por lo menos, entonces podría ir con Simón Peraza a sentarse en una banca de ocho a nueve cada dos martes, metidos con esa cabezota bajo los samanes.

Simón Peraza encontró esa mañana de mucho sol el rostro seco de mamá Fernanda sostenido por el espejo; entre las manos brillantes por el aceite colgaba un pañuelo,

los ojotes abiertos eran como vidrios secos que rebotaban una luz que él no había notado antes, una luz gritona medida por los huecos del techo. Se sentó al frente suyo y sin saber cómo había llegado a sus manos temblorosas notó la bandola que tenía entre ellas y la apretó con fuerza hasta que se aquietaron ayudadas por los ojos que miraban las manos de ella, unidas por el color de cielo de su último pañuelo. Un instante fue lágrima, un instante fue rabia y amago hacia el cotidiano movimiento, otro alucinó una garza y eso le devolvió a sentir entre sus manos la madera; de pronto un pasaje que recordaba la penumbra que ella calculaba para despuesito del café sonaba como agua quieta, empujada y sostenida por el ojo de agua mirón de cielo, oráculo de repente, deslumbrado por el fragor de sol que los hijos de mamá Fernanda verían sin ella ese verano en el pueblo. Se secaría el barro, los caños, hasta el río se quedaría de verdad seco; pero el ojo de agua ensombrado por los jagüeyes se quedaría con el poder de recibir otro pueblo, aunque el sol se amañara y también la gente nacida hacia mamá Fernanda se quedara seca.

Central

En recuerdo de Luis Zuluaga

Iba a saludar a su compadre Atencio, pero decidió sin más irse directo hacia el yip, para por lo menos asegurarse de que sabía dónde lo había dejado; el estacionamiento del Central era bastante grande y con la oscurana y la pea juntas hubiera sido fácil perderlo de vista quién sabe con cuánta lluvia y por cuánto tiempo —*Bueno, aparte de que busco los cigarros me traigo la chaqueta*—. Más de una vez se había salvado de una mojada, alejado de la posibilidad de un accidente, de un robo o de una pelea, por esa reserva suya, casi científica, por lo menos en lo más básico del método. Su precaución le venía de los más de diez años que tenía cazando serpientes para los sueros y estudiándolas, conociéndolas.

También sabía un poquito de otro tipo de culebras. Más de un carajo culebrero se había encontrado en el Central. De vez en cuando un jalabolas sacaba la cabeza para poner a todo el personal a correr un rato, a sobrecumplirle la producción al Central para no perder ningún bono. En esos casos del mismo personal salía el antídoto, que había sido desde un solo bofetón —*Pedagógico, como diría el compadre Luis*—, pasando por advertencias colectivas más graves —*Como la vez que el pajúo de Alexis Beltrán me amenazó con tumbarme el negocio de la reventa de polvo y melaza que sacábamos en el transporte de las expediciones o en la ambulancia... Cómo se perdieron esos riales; no era mucho pero servían para algo... Por*

lo menos Beltrán no puso la piedra con la directiva, además el sapo ese tuvo que renunciar porque el personal lo marcó como pajúo y a esos no los quiere nadie—, hasta acciones mucho más complejas, como aquella asamblea del noventa y siete, con todo el sindicato apretando para resguardarse de la paja mayor que les habían echado —... Esa fue la culebra más cachúa y coño'e madre, por lo menos en los diez años que tengo trabajándole al Central—: alguien denunció sin pruebas la extracción de doscientas toneladas de azúcar, dizque por algunos obreros en complicidad con jornaleros del cañaveral Uno del Central, que quedaba cerca. Esa vez el sindicato logró el respaldo unánime del plantel y propusieron al Central un inventario —Se sospechaba sospechoso, como dice el chamo; tiene ocho años el carajito y anda leyendo las historias policiacas de Ellery Queen y Agatha Christie del abuelo, y ya pregunta por las novelas de Taibo y las de Walsh, pero esas todavía no están en la caja-biblioteca del abuelo—; había motivos de parte y parte para acordar un inventario completo, pero era imposible hacerlo en plena producción, con la zafra encima arrimando al Central caña parejo, casi toda la caña de Carora y de las cercanías. No había tiempo para inventarios. Botaron a varios vigilantes; el cambio de compañía vino después, la que estaba en esa época había suplantado a los vigilantes de nómina pero había sido registrada con participación del “sindicato” de vigilantes de la zona, algunos decían que eso lo controlaba una mafia que daba “protección” a un carajazo de empresas, con la Lara-Zulia como pista para ramificarse y para piratear a los que se negaran a pagar vacuna. Los dueños del Central eran más poderosos que eso, contrataron una empresa grande de vigilancia y también contrataron un patrullaje

habitual de guardias nacionales y con eso se acabó el chantaje —*Esa fue madre'e culebra, compadre. Nunca se supo cuánto polvo se habían robado... Yo no sé si es verdad lo que me contó Atencio. Sorprende que la hija de uno de los dueños estuviera detrás del desvío de esa producción; de entrada no le hace falta, pero conociendo la psicología burrera de los dueños, eso pudiera ser lo que pasó.*

Como único veterinario de planta podía seleccionar el personal para las expediciones; siempre se iba con los mismos carajos, entre tres y cinco eran siempre, algunos panas y otros no tanto, todos instruidos en primeros auxilios —*Y discretos, todo el mundo cero rollo con la mafafa y cero culillo con las serpientes*—... La mapanare es tramposa, impredecible y abundante, difícil de sortear, y una persona nerviosa puede matar alguna sin necesidad o llevarse una sorpresa con una bicha de'sas. Aunque lo que más hay es mapanare —*A esa víbora Atencio la llama macagua cuatronarices, y el gocho Chui le dice guayacán; habría que ver, a distintas alturas distintas subespecies*—, las serpientes de esta zona pueden ser muy diversas, por eso la necesidad de investigar para hacer sueros propios, aparte de completar el antiofidico que venía de la UCV (para *crotalinae* solamente). El Central había sido precavido con la ley; aunque eran unos explotadores, como todos los dueños, no les convenía perder obreros en las plantaciones y en la fábrica; “En los últimos cinco años hemos tenido entre dos y cuatro accidentes anuales por mordedura de serpiente, hasta ahora sólo uno ha resultado fatal, somos responsables del cuidado de nuestro bien máspreciado...”, pusieron en un comunicado los abogados del Central —*Mentira, yo sé que son más. Cuando murió ese carajo, Mario Coba, fue por una cascabel que salió de un*

arenero que había detrás de un molino, estaban construyendo un muro de refuerzo y bueno: muerto por falta de antiofídico, entonces fue cuando me pusieron a hacerlo.

Su salario no era mucho pero era fijo y suficiente, más bien alto en comparación con otras opciones donde hubiera tenido que trabajar más y con competencia, aparte de estudiar, actualizarse quién sabe con qué especies y desvincularse de sus víboras, además ya estaba viejo —*El trabajito es monótono y fácil: explorar, cazar, extraer, etiquetar, transportar, registrar, almacenar, inventariar (polivalentes, hidrocortisona, dextrosas, solución salina, plasma, antitetánica, batroxobina, inmunoglobulinas, ácido caprílico, venenos; ordenar por fechas, entradas, salidas, caducidad...), planificar pedidos y salidas al campo*—. Su rutina la completaba con birra pareja durante los días de descanso, una expedición mensual para El Tocuyo o Humocaró Bajo, donde tenía las mujeres —*Ojalá a la China le haya servido el preparado que le hice con hojas de cannabis y anfibena; cuando tiene los dolores de huesos y los calambres el viaje a Humocaró es una pérdida de tiempo, por eso casi siempre agarro para donde las muchachas de Teula Montes*—. Sus mejores días eran los dos o tres que duraban las expediciones de cacería; podía hacer su trabajo, para lo que era bueno: bregar en el campo con las serpientes.

38

Encendió el motor y se quedó unos minutos ahí, fumándose su cigarro, pensando cualquier vaina mientras se le calentaba la cerveza. Cuando se dio cuenta de ese detalle ya el cigarro estaba terminado y apagó el carro, pensó un minuto antes de volverlo a prender —*Ya estoy peo. Además está empezando a garuar y el yip no tiene los*

cauchos muy buenos—. Salió todavía indeciso entre irse y quedarse una o dos cervezas más —*Mientras escampa. Así hablo un rato con el compadre Atencio... Pero, ¿y si no? Puede que no escampe y siempre es una ladilla mojarse; venir a mojarse con tanto sol que hace todo el año en esta jodida tierra*—. Salió lentamente a la vía para Quebrada Viva, buscando la Lara-Zulia, tenía que llegar temprano a su casa pero no iba a apurarse mucho, ya estaba lloviendo menos, pero igual había que ser precavido.

En una curva suave, yendo lento, el yip se volcó suavemente, como en cámara lenta; se llevó con su peso la lona de la puerta y gracias a un último reflejo pudo soltarse el cinturón antes de ir a parar un poquito más allá de la cuneta, pero con el techo del yip sobre sus dos piernas —*Coño, la lona no me deja verlas, por lo menos la izquierda está fracturada... ¡Coño!*—. La posición arqueada del torso sobre una lomita de tierra y monte le hacía muy difícil liberarse, eso y el peso del yip lo tenían jodido, así se quedó dos o tres minutos, pensando —*Cómo carajo me salgo de aquí, me está doliendo más la pierna; por esta vía a esta hora no pasa mucho carro... ¡Coño'e la madre! ¡La vaina está fea!*—. Pensó en su celular y se puso a buscarlo, desesperado, por donde alcanzaba con las manos y con un palito que había sacado del matorral que tenía detrás, cerca de su cabeza —*Nada, el celular no está por aquí; si no fue a parar al monte o está del otro lado, en la carretera, debe estar debajo del yip... o está adentro...*—. Pensó que a lo mejor estaba debajo de él, que su suerte no era tan mala —*Por algo no me mató el volcamiento*—. Logró medio sentarse, alternando su peso entre las dos manos, apoyándose en una y buscando el celular con la otra; donde había estado su espalda, debajo de las nalgas y de

los muslos, debajo de su pantorrilla derecha, debajo de la pierna partida, del pedazo de pierna que no estaba debajo del yip —¡Coño, vale, qué arrecho!—. Se cansó de estar en esa posición y se acostó de nuevo estirando los brazos por encima de su cabeza y tanteando con sus dos manos la tierra y el monte buscando algún palo más grande o algo que le sirviera de palanca.

No pasó más de un minuto hasta que sintió la mordida, mínima, tan documentada... —*Elapidae micrurus sp.; hermosa de tres colores; setenta especies (Feitosa, et. al.), trece en Venezuela, más las subespecies; entre cuarenta y sesenta centímetros si es adulta, aunque algunas pueden medir más de un metro, como la isozonus; su mordedura es mortal desde su nacimiento; colmillos inoculadores de veneno a nivel de la segunda escama supralabial en el maxilar superior, pequeños, no retráctiles; emponzoñamiento micrúrico, neurotoxinas polipeptídicas efectivas a partir de entre cinco y treinta minutos (aunque con suerte tarda horas, pero hoy es viernes y la lluvia ahora sí es recia): dolor leve, visión borrosa... ya se me durmió la lengua, tengo un párpado cerrado y no puedo tragar saliva; corre rápido... parálisis, asfixia, muerte... ¡Mierda!... En esta zona abunda la capuchina y menos la candelilla, aunque a veces se consigue la rabo'e candela—.*

Coral de montecito tras la cuneta que lanzó su vida a un absurdo pero muy conocido y certero término.

Vecino

—Buen día, vecino, ¿cómo amanece?

—Bien, gracias, ¿y usted?

—Echándole.

—Bueno, qué más... Voy por leña, vecino.

—Hasta luego, vecino.

—Hasta luego. Que le rinda.

Jacinto no sabía qué era lo que tanto le echaba el vecino y el resto de la gente de la cuadra detrás de esas puertas. En los dos meses y pico que tenía participando del monótono diálogo saluatorio —estéril en apariencia pero necesario y hasta obligatorio para vivir entre vecinos sin los contratiempos traídos por el resentimiento común en los pueblos poco habitados, que pueden ser absurdos y exagerados, pero no estériles—, no se había atrevido a preguntar qué hacían y qué tenían las familias detrás de esas puertas. A él y a Hilda naturalmente les daba mucha curiosidad aquello, pero nada podían hacer para descubrir el misterio. Ella no confiaba en ninguna vecina. Fon no salía de sus juegos para casi nada que no fuera comer, y todavía no conocía a casi nadie y por tanto no tenía ningún modo de averiguar qué había detrás de esas puertas, además a él nada le importaba aquello. Severito era muy pequeño.

Como en el pueblo no había escuchado más de cuatro apellidos distintos, Jacinto suponía que aparte de conocerse todo el mundo, muy probablemente a quien le

preguntara, aunque fuera en otra cuadra, sería familiar de alguien entre las familias vecinas que tenían llave de esas puertas. Así que se limitaba a comentar con Hilda, cada vez que ella veía a alguien abrir o atravesar alguna, lo extraño que era aquello. ¿Qué hacían ahí esas puertas? ¿Por qué todos tenían una? ¿Por qué había algunas que siempre estaban solas y ni siquiera amanecían abiertas como algunas otras que Hilda había identificado como tempraneras?

—Tiene que ser así, Jacinto; esas once puertas seguro son de familias que se fueron o se extinguieron.

—Debe ser, Hilda, pero lo extraño es que siempre están limpias y en cambio las que sí tienen dueño están a veces enmontadas. Ya sabemos, además tú lo anotaste en ese cuaderno: sesenta y cuatro puertas con dueño, cada una pertenece a una sola familia y ninguna familia tiene más que esa...

—Todas las familias tienen una puerta, todos son propietarios de sus casas y predios, y sólo la loca Eufrasia no tiene puerta. ¡Ah! Ella no es la que limpia las puertas que siempre están cerradas, nunca la he visto ni cerca de esas once puertas.

42

—No creo que sea ella... duerme allá abajo en la vega'el río y nada más habla de las cuerdas del sargento: "Las de gallos no son las únicas cuerdas del sargento". De verdad no creo que sea ella. Lástima que esté loca, a ella sí he pensado preguntarle por esas condenadas puertas...

—Buen día, vecino, ¿cómo amanece?

—Bien, vecino, ¿y usted?, ¿echándole?

—Ajá, qué más.

—Bueno, hasta luego.

—Hasta luego, vecino.

Jacinto iba al taller del señor Cheo a buscar un repuesto para la camioneta cuando vio a la señora Estebana entrando por su puerta. Una vaca pastaba en una saliente, cerquita de ella, arriba de su cabeza. Jacinto pensó que si la vaca se cayera tendría una excusa para subir hacia allá y ver algo detrás de la puerta de Estebana que en ese momento se cerró tras ella. Pero la vaca, Estebana y la puerta eran como un sueño; un sueño realizado que le hizo sentir frío y miedo. Apuró el paso hacia el taller de Cheo.

—Hola, Hilda, es tarde. Anoche olvidé decirte que no conseguí el toche repuesto.

—Jacinto, anoche me soñé tristeza.

—Qué broma. Debe ser por el frío, o por las puertas. Estaba un poco preocupado porque no te levantabas, pero vi tu respiración y tu rostro serenos y me quedé esperando tranquilo, pensando, quieto... Mira, yo dormí muy bien. Estaba esperando que te levantarás para contarte que anoche soñé con la verdad de esas puertas. Detrás de cada una hay cosas distintas: los Prada tienen una siembra de marihuana; Estebana tiene un altar a la Virgen de cualquier lado, cualquiera que no sea la de este pueblo, la purísima está con la pintura desconchada por vieja, ella le tiene velas prendidas siempre y flores de su casa y unas pequeñas que le pide a Cristina; don Pedro tiene un coñazo de repuestos de carro; el vecino tiene como diez estil dos setenta y unos potes con gasolina; María Prudencia cultiva champiñones; Salomón prensa queso; don Eustaquio tiene una colección mohosa de novelitas de vaqueros...

—Puede ser verdad ese sueño tuyo. Y puede ser mentira mi sueño de tristeza. Pero no lo sabemos.

—Tenemos que olvidarnos de esas puertas, Hilda. Por eso mañana mismo voy a preguntarle a Eufrasia, le voy a ofrecer unos cambures y a lo mejor me cuenta.

—Ay, Jacinto, no te metas con esa loca, no vaya a ser que te descubran averiguando sus brujerías... Voy a montar café, ya es tarde y tienes que ir a trabajar... Me apuro. Además ya deben estar abriendo algunas puertas.

Jacinto salió decidido a resolver el misterio.

Al siguiente día Jacinto espera a Hilda en la comisaría para entregarle sus pertenencias y los recados para Fon y Severito: que se porten bien, que la cuiden a ella y se muerden lejos; para contarle todo, según ella dijo desde ese día a quien se encontrara en el camino compartido con Eufrasia, buscando a Fon y a Severito sin poder reconocerlos.

Ella decía que su Jacinto fue a preguntarle a Eufrasia por las brujerías de las puertas y por los brujos que ahora la alimentan para tenerla loca y sin memoria de los hijos que no le cumplieron al padre la promesa que este les encomendó antes de que se lo llevaran a las picas, los hijos que la abandonaron entre bestias. Que Jacinto le confesó que los brujos aparecieron vestidos de lobos y mataron a Eufrasia. Que los terribles lo acusaron a él de hacerle un daño y matarla luego. Que lo mandaron a las picas por donde tienen un gusano llagoso que se chupa por debajo de la tierra las ofrendas que le ponen por el lado de adentro de las puertas. Que fueron los vecinos, los brujos lobos de las puertas, quienes le hicieron a su familia un mal tremendo.

—Buen día, Hilda.

—Buen día, vecina, ¿quién la dañó y la mató luego? ¿Verdad, Eufrosia, que mi Jacinto no fue? Tenga cuidado con el vecino, se la pasa babeando sus cortesías pero lo que quiere es averiguarle la vida a la gente para informarle mentiras a los lobos de las puertas.

—Sí. Malicioso. Como el sargento con sus cuerdas.

Hacia atrás

Para José Leonardo Sánchez

*En la práctica de cada forma de vida
y de cualquier trabajo, existe un estado
de mente del que se dice que está
desviado.*

MIYAMOTO MUSASHI

46 Echó la cabeza hacia atrás. Estaba recostado en su silla de plástico, meditando su cansancio. Observó, debajo del sonido del suspiro exhalado, una partida de zamuros que a distancia variable olfateaban esa tarde tendida sobre él, que echando la cabeza hacia atrás concluía la meditación de su cansancio para comenzar un río de pensamientos sobre ese día tan cansado en él y bello en su afuera, que como todos los contrastes de ese tipo lo llevaban a pensar en su muerte, tanto que a veces jugaba mórbidamente con la idea de estarla oyendo.

Pero el cansancio de ese día lo tenía, como contraste mayor, feliz. Desde que abrió los ojos en la mañana había pasado sus horas en actividades muy productivas algunas y otras agradables al menos. Había tenido con Pablo el bodeguero una buena conversación sobre ciertas propiedades de las plantas y de las palabras, que los llevaron a descubrir una relación oculta entre las palabras “suerte” y “surto”, nombre de un montecito que Pablo había visto

sólo una vez hace años, en un paseo obligado por la montaña junto a un abuelo admirado, temido y difunto.

Se fue al conuco pensando en las palabras “yagrumo”, “yacón”, “yerba”... “muji”, “majagua”, “sagú”... “joda”, “jote”, “jeta”... La jornada no había dejado registro del arduo trabajo de clareo, chagüe, desyerbado y entresaque; el silencio ocupado por el sonido controlado del monte cuando el charapo lo golpea, y el caos monótono de trinos, aleteos y graznidos de aves cotidianas fueron a su vez silenciados por el sonido de esas y otras palabras... catarsis económica y mágica. Pero el cuerpo se adolece siempre solo, y el registro que no hubo de la jornada sí dejó su saldo en el esqueleto.

Un paso por el río para la restauración por el frío le dio chance de escribir en su pensamiento un poema; lo corrigió y lo fijó en su memoria mientras se reponía la ropa asediado por zancudos y jejenes de imposible ausencia. No se había sentido cursi o vanidoso como las otras veces, y ese cambio que atribuyó a la fortuna en vez de a su vanidad y su cerebro, lo celebró en su adentro.

Ya en la casa se alegró como siempre con la bendición de su familia. De sus hijas y su compañera que completaban el sentido de su trabajo, las herederas de su parcela y de sus poemas.

En el balcón, sentado en la silla plástica de todas las tardes, echó la cabeza hacia atrás y supo, de repente y con fuerza, que tal como ese sería el día de su muerte.

Al siguiente día, de vuelta en la parcela, seguía pensando en el poema; disfrutaba lo extraño de que, por primera vez, él mismo y sus ideas sobre la existencia no fueran

el asunto de los versos. Mascó chimó antes de entrarle al cambural, no era muy amigo de la sal de urao, mientras alistaba la asperjadora con el preparado de cal y azufre escupió el resto. El sonido del caldo sulfocálcico saliendo por la regadera diminuta se expandía también líquido antes de hacerse como tambor también diminuto cuando caía sobre las hojas, y luego se convertía en vacío cuando resbalaba inevitablemente sobre los falsos tallos hasta caer otra vez líquido, sin ondas, en la tierra. Los pasos sobre los residuos acumulados de las limpias del follaje del cambural completaban el sonido, como de palabra pero impronunciable, formado por la juntura del desplazamiento y la intensidad del sonido que él controlaba con el manejo de la asperjadora y el accidente de sus pisadas, controladas por la cautela contra el azar tramposo del terreno.

Esa casi palabra fue el registro de la jornada, eso y lo impronunciable de la voz de la cautela, eso y el papel de la cautela en el cese del sonido de las demás palabras en su pensamiento, eso y el silencio y la muerte en sus poemas vanidosos y cursis porque tienen como tema único su existencia sin el afuera, eso y la fiebre que le echó encima un ortigo rozado con el hombro por accidente.

48 Ya en casa, pasadas las bendiciones y el guarapo, echó la cabeza hacia atrás, doblando la nuca contra el final de su silla de plástico, asediada su mente por una nube que adentrándose en la casa lo embotó y cubrió como un purgatorio, personal, anónimo y silente.

Jornada tras jornada, palabras tras palabras, la muerte de su existencia se iba haciendo pesada y transparente. Se distraía también con el equilibrio entre el adentro y el afuera que cualquier situación específica le exigiera.

Tenía que estar muy pendiente del manejo de los instrumentos, de los filos y los óxidos, del torque y el freno, del combustible y el nylon, de las sustancias; además debía precaverse de culebras, de las piedras y los huecos, de los ojos, de los huesos, y hasta de conocidos gusanos ponzoñosos y difíciles escoropéndolas.

Cuando usaba la chaguadora procuraba no estar distraído con ningún sonido y con ninguna palabra, y todo lo que hacía, el equilibrio y el orden de lo que estaba haciendo, se resumía en un sincrónico y envolvente movimiento de muerte, en un estado absoluto de cautela.

El aspa no suena como palabra, es sólo vibración, su sonido es más exacto y físico que el de los otros instrumentos. Entre las cuchillas giratorias y el cuerpo se observa una distancia invariable aparentemente. Entre el pensamiento y la certeza, entre la vanidad y la cautela, es el azar lo que decide la ruptura del aspa y el lugar exacto donde está la piedra que la desplaza a su cuerpo. El sonido del metal, cortando todo luego de haber sido relámpago rebotado por la piedra, no es todas las palabras juntas en la palabra muerte, ni todas las palabras muertas juntándose con el silencio de la piedra, ni un silbo siquiera; un filo en el aire no suena. Tampoco sonó como palabra su cuerpo cayendo, trozado hondamente.

Cachicamo

Para Gloria Tovar y Mauricio Martínez

Cachicamos no se ven mucho, más bien desde hace años no se dejan ver casi nada. No había yo nacido cuando el cachicamo y casi toda la animalera de por aquí ya se había retira' o pa más arriba en la montaña. Porái dicen que están todas las bestias apretás contra el páramo.

Aquí en San Isidro de Las Peñas los cachicamos duraron un poquito más que en Falda Gris, pero menos que en Sínaro Grande; allá se acabó la animalera más rápido.

La gente de antes se los comía con su güisito de istú una vez por mes al menos, asegún el viejo, que había aprendió a cazarlos con un tal Vicente el Quemao, que era su padrino. Por aquí nunca hubo patrones como en tierra llana, que pagaran por la aguantá de animales que plaguean los plantíos; cada cual era como dueño'e su pedazo y de los animales que se dentran. Mucha culebra siempre, eso sí, pero también había arditas por bojote y picures de vez en cuando; los perezosos tampoco daban lástima, ni los tucanes, menos las malparías urracas que esguazan los burales. Eso sí, aquí que yo sepa nunca se han comi' o ratas como dicen que comían por allá en Uropa y en otras partes cuando hubo guerras. Luego empezaron a llegar las vacas y los toros beneficia' os a completar los pasaderos; la gente dejó de cazar animaleras jodí' as y hasta dejaron de criar cochinos. Con las vacas llegaron nuevos dueños con harta plata, comprando los bosques que eran como de uno

y montando potreros que ahora son la fama de San Isidro de Las Peñas y de casi todas las aldeas. Las vacas revuelven los matojos que no se tumban, forman bachaqueros y sacan las culebras.

Es muy difícil montar sustento propio en parcelas tan pequeñas, y el potrerío comanda las contratas; to'el mundo se va de peón por burusas, o se va pa Colombia a echarle, pa luego no poder mandar nada, y la familia sigue igual, sin sustento. Vamos a ver si esa idea del trapiche del compadre Aquilino sirve pa medio arreglar la jodienda.

—Claro que es buen negocio, compadre. Con quinientos...

—Buenas... Yo soy el nuevo dueño de Bosque Alto, le compré a Juan Eladio; mi nombre es Iván Uribe —no, muchas gracias, no bebo—... Ando buscando peones pa'l ordeño y la cuidada de unas reses... son bastantes y hay buena paga. También ando buscando una poquita gente que quiera agarrá un contratico pa una cercada que está aflojada y chueca. Ah, y una persona que sea bien pepa y berraca pa prensá y madurá queso. Los picadores pa la carne me los traje de Medellín, sólo necesito dos ayudantes pa' esos encargos.

—Buenas, señor. Aquí no hay más peones. Todos los aquí presentes somos como dueños de un pedazo. No sabemos mucho de vacas, y los que saben ya le han renuncia'o varias veces a Juan Eladio y al Rubén Andrade. Échele usted mismo, si me permite el consejo.

—No le haga caso al compadre, vecino. Buenas, bienvenido... El hombre anda molesto con la economía y

además se emborracha mal con el miche este que ahora lo traen de afuera y en botella sellada. Mucho gusto, patrón, mi nombre es Arquímedes, pero por aquí todos me dicen Chino Negro. Yo le agarro el contrato de los estantillos, y le tengo mis ayudantes: el hijo y el cuña'o. Si quiere, mañana le caigo como a las siete pa la negociada, porque a mí no me gusta hacer negocio con el juicio enmicha'o.

—Mucho gusto pues. Listo, mañana hablamos, y se verá lo demás.

—Hasta mañana... ¿Qué le pasa, compadre? Yo entiendo que no quiera echarle más a los potrereros, ni al ordeño y la cuajada. Pero algo hay que hacer. No sirve andarse peleando con estos riquitos, ellos son los que pagan y nosotros los que terminamos quejándonos de la economía. Algo hay que hacer pa ganarse los churupitos.

—¡Nojoda, compadre! Ya le he dicho que prefiero morirme de hambre que volverle a trabajar a esos hijos de la gran puta. Ya tuve lo mío con la bronca con el Andrade... Hasta mañana, compadre, mire que ya hablamos usté'y yo de echarle a medias con la miel y la panela. Yo creo que mañana termino de ajustar el trapiche; cuando lo tenga arregla'o lo busco pa que lo probemos con un cortecito que el hijo sacó ayer apenas.

—Hasta mañana, compadre. Gracias por el trago.

—Quédese tranquilo, no le pare bolas, luego brinda usté con los millones que le va a pagar el Uribe este que dios le trajo. Porque si dios es el que da y quita, este patroncito nuevo fue él quien se lo trajo, ¿no?

—Nojoda, compadre. Váyase con cuidado, no se le vaya a enredar la peinilla como a los fuereños que se las dan de

baquianos y andan a cada ratico cortándose las piernas. No se gaste los dólares que le quedan, ahórrelos pa'l cilindro que falta, si puede. Cuando yo haga una platica le doy pa la paila que falta. Antes de irse pídale a su compadre Caliche las botellas vacías; luego vemos cómo conseguimos pa la gasolina que pide Julio Sapo, ese camión se lleva como cien litros más o menos... Salúdeme a la comadre, si lo deja dentro al rancho y no lo manda pa'l corral pa que le haga compañía al faro, mire que ese bicho cuando no encuentra gallinas le come a los gallos la cabeza.

Anoche el compadre Aquilino me dijo algo de un cachicamo en la parcela. También quedé con el Uribe nuevo pa ver lo de la cercada, tengo que decirle a Gabriel que afile los machetes y a Pastora que prepare un buen avío. No quiero que ella suba otra vez pa'esa casa... El trapiche puede que dé buena plata, pero hay que esperar un año pa la otra cosecha... veremos...

—Pastora, yo no creo que el Aquilino haya visto un cachicamo. Seguro fue alguna rata grande de monte o alguna otra vaina. Hace años que en la parcela no entra un cachicamo. Igual voy a buscarlo. Quién quita que el fin de semana tengamos banquete en la casa. Pero más luego, vieja. Me voy pa donde el cuña'o a ver qué cuenta saca de la cercada y de ahí pa la casona a cerrar la negociada con el Uribe ese. Mande a buscar el queso donde Chui, dígame que lo pagamos despuesito junto con lo que tiene anota'o.

—Adiós, pues. Que le rinda.

... Ese Aquilino anda viendo vainas por tanto andar tras las culebras. Uno no puede andar buscándolas porque

el juicio se descompone. Luego termina viendo tigres y cachicamos donde lo que hay es monte. Pero igual lo voy a buscar. Quién quita...

—Buenas, vengo a hablar con el señor Iván, ayer quedamos en que nos veíamos aquí en su casa, no me dijo la hora pero no es ni temprano ni tarde, son las siete.

—Pase, señor Chino, espere aquí, ya se lo llamo.

—Gracias, señora Ada.

—Siéntese, ya vengo.

Esta Ada sí que es fiel a esta casa. Ya lleva tres dueños. Es como una viuda que heredó el fogón y los sartenes; mismo fuego, mismos peroles, mismo salario; y aunque se llamen diferente, mismos patronos siempre.

—Buenos días, Arquímedes, vamos de una vez pa que mire el cercado... ¿Dónde están sus ayudantes?, es tarde; no me traiga gente floja, de una vez le digo eso.

—No se preocupe; primero la negociada y luego los obreros.

—Le presento a Santico, es un paisano mío, de Yarumal. Si hacemos negocios y yo no estoy cuando me necesite, o si yo no necesito que hable conmigo, con él será con quien se entienda.

—Mucho gusto... Estos potreros sí son grandes y derechos. Yo me acuerdo de cuando se hizo la tumba de un cedral, un carajazo'e mujies, unos caimitos y un guayacán anciano que había junto al caño del medio. Eran como cien árboles en cada potrero. Y por allá por el cerrito se metió una máquina pa que dentrara otro potrero más pequeño, pa las preñas... Luego vinieron dos dueños antes

de usted, pero no le tenían codicia al campo y eso se fue acabando, pero todavía se ven las...

—Bueno, Arquímedes, así como esta están todas las cercas, yo calculo que son unos dos mil estantillos más o menos, se pueden salvar algunos, puede que casi un tercio, pero yo prefiero cambiar todo; los malos pa leña, y los que salgan buenos los voy a componer pa la venta. ¿Usted sabe quién puede estar necesitando estantillos? Yo se los vendo.

—No. Pero bueno, usted manda en lo suyo. Eso se lleva dos semanas y piquito porque según mi cálculo deben ser más de tres mil estantillos, pero echándole duro... ¿Cuánto paga?

—Ahí vemos, ¿le parecen trecientos?

—Parece justo a la primera, pero esa cercada es pura culebra, por los bambús, y no tenemos botas buenas, machetes sí tenemos buenos, pero hay lluvia y usted sabe... yo creo que novecientos... ¡Pero no, patroncito!, tranquilo, no coma ansia, se lo vamos a dejar a seiscientos pa usted, ¿qué le parece?

—Bueno, Arquímedes, lo dejamos en quinientos, ¿de acuerdo?

—Trato. Mañana le caemos. Buenas tardes tengan.

—Hágale.

Ayer en la tarde vidé como un rastro y me pareció que algo se movió allá arriba y se fue luego. Cuando llevemos buen tramo limpio por la cercada del Uribe nuevo voy a meterme pa bajo, pa lo mío, a ver si hay alguna cueva...

—Papá, porái se movió un bicho, pero yo lo vidé muy pequeño pa ser un cachicamo.

—Espere por aquí Gabriel... Pendiente, cuña'o, a lo mejor hoy agarramos buena cena.

... Yo tengo que agarrar ese bicho, la concha se puede vender pa remedio. Ya tengo como media hora en este barzal y no se ve nada; voy a volver, pero pasa'o mañana que se acaba el contrato temprano; en la tarde me le meto desde abajo. Si está ahí lo consigo, como seguro es el poder del cielo...

—Papá, vino el patrón y dijo que dónde estaba usted, que no nos pagaba pa buscar cachicamos y que si regresaba usted con el bicho que se lo llevara a él y si no que igualmente fuera a buscarlo donde están vacunando unas reses. ¿Oyó, papá? Me dijo que viniera rápido a decirle eso.

—¡Vasié cará!, voy a ver qué me va a decir el Uribe este. Ya vengo, recojan todo que nos vamos cuando yo regrese.

—¡Pero cuña'o, ¿no vamos a cumplir el contrato?!

—Sí, papá; si no cumplimos hoy el Uribe no me contrata pa'l ordeño.

—Ya hoy es tarde. Recojan todo mientras vuelvo. Ahí le dejo la peinilla, cuña'o. Usted sabe mejor que yo por qué la dejo y por qué le digo que nos vamos y no le digo que veremos.

... Por dónde estarán con eso de la vacuna'e las reses. A mí no me están pagando por jornada sino por contrato. Veremos.

—Buenas, señor Uribe. ¿Qué me quería decir?

—Bueno, Chino, que yo no le pago a usted para andar buscando...

—Nojoda, Uribe, pare eso ahí. Tenemos un contrato y estamos en el tiempo acorda'ó. Lo mismo ocupa tiempo un cachicamo que una cortada o una guayacán enredada en la toche cerca esa. Mañana terminamos lo acorda'ó. Y mañana a esta hora nos vemos pa que me cancele el contrato. Buenas tardes tenga.

—Espere, señor. Mañana no venga, viene el cura a bendecir la propiedad y no quiero problemas, tome lo acordado menos cuarenta que le voy a dar a Aquilino que vino ayer a pedirme trabajo, él terminará lo que falta del cercado.

—Está bien. Así cerramos. Quédese usted con el Aquilino, es suyo, a fin de cuentas no sirve pa nada el traicionero jetón ese. Pero eso sí; si consigue el cachicamo de este lado, me lo devuelve... ¡Y con to'y concha, carajo! Y por cierto, paisa, dígale al Santico suyo que por aquí somos un carajazo'e diablos; cristianos, eso sí, pero muy amaña'os en el barajuste de los animales, y de los dueños venidos de afuera.

Estribillo

*Yo quisiera estar entre vacías tinieblas,
porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y
la vida me aflige, impertinente amada
que me cuenta amarguras.*

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

Nunca le había sido tan incómoda una canción. Sabía por intuición que todas las canciones venían de una misma fuente, de situaciones ya vividas por otros, que aunque la realidad es cambiante según cada persona, al final le toca a todo el mundo por igual, siempre.

Marcelino trató de borrarle de la mente el estribillo que maliciosamente dibujaba una mujer atravesada y extrema, como Mariaté. Pero callado el estribillo burlón, le volvía a la cabeza el puntazo e raya que la malagradecida le había asestado en el hombro esa mañana cuando él se le escapaba a los gritos y a las pepas de los ojos que echaban truenos. “Ya entiendo para qué la gran caraja se trajo de su casa vieja esa bicha puyúa cuando yo me la traje a ella; eso seguro hacen todas las mujeres que viven por allá en Dama; el Mar, como ella llama a la casa de las olas y arenas de donde sacan peces más grandes que el lau lau y esas condenadas flechas de hueso”.

58

Siempre que él salía a pescar o cazar para sortearse el alimento, el de ella misma y el de sus muchachos, salía la gran caraja con que él se iba a parrandear y la dejaba sola con la situación del rancho; el chismeorreo, la falta

de comida, la hediondez, los llantos de los carajitos que cuanto más hambre tenían más parecidos se ponían a las pirañas. La verdad era que el incordio de la cancioncita era preferible al recuerdo de la Mariaté y de los rayos que le salían por los ojos y por la boca. Tanto así que se puso a cantarla: *“Ay, cómo ha de ser la mujer,/ ay, cuando está desesperá,/ así ella arde más en la sien,/ que pie’onde raya da puntá”*.

Llegó tarde al caño, como a las siete. Como siempre, se encontró en la piedra plana a Pitufo Rojo y a Sebastián, que vivían más cerca del caño y más lejos de las mujeres y los hijos; los dejaron en Angostura y se regresaron solos pal monte a montar conuco y rancho, de eso habían pasado dos meses y los dos hermanos sólo habían conseguido desbrozar el lugar y mantener día con día con la pesca, más nada. Cuando se quejaban de la soledad, Marcelino siempre les decía que no escupieran pa’riba, que más bien vieran lo mucho que eran de afortunados.

—Llegué.

—Bueno. Marcelino, ¿por qué cargas ese brazo así, como tumba’o?

—Déjalo quieto, Sebastián, tú sabes cuáles son los males suyos. Siempre es la Mariaté con sus candelazos, ¿o no, Marcelino?

—Ya está. ¿Cuántos morocotos gigantes han jalado?

—Ninguno.

—No ha mordi’o ninguno porque tu no habías llega’o, Marcelino. Hasta los sábalos y los caribes se ponen man-sitos cuando llega a la orilla un hombre feliz a pescarlos.

—Nojoda, Pitufu, hoy no estoy pa burlas; te puedes quedar sin dientes como la ardilla y el oso hormiguero. ¿Seguimos la faena?

—¡Así harás, Pitufu, a lo que vinimos! Hoy no garúa, así que todo el mundo a quedarse calla'ó.

Marcelino se puso a alistar las líneas. Primero enjuagó la carnada y aseguró los anzuelos a los guarales, luego sacó el tabaco y los fósforos y los puso sobre el mapire al ladito de la piedra redonda y plana desde donde pescaban siempre. Intentó decirle al río su conjuro para la buena pesca, pero el movimiento del agua le recordó el kunukunuma y la piedra con las huellas de Wanadi, y sintió miedo, además el estribillo lo tenía atormentado, y el dolor en el hombro era casi tan fuerte como la rabia que le provocaban los candelazos de la Mariaté. “La muy coño'e su madre, no puede ser que después de tres años de estar casi siempre sobrio ella siga jodiéndome y yo salga derecho pa'cá a buscarle a los carajitos, ¡y a ella misma, nojoda!, paujies, pescado y otras guebas pa que no se mueran de hambre... 'Aquí traigo comida', le digo. Ella sale al camino a buscarla, 'Bueno', dice ella, nunca dice nada más. ¡Maldita canción, carajo!... Santo Tomás, déjame lograr mi codicia, que es solamente la comida'e la familia, sácame con suerte de esta faena, yo no necesito llenar un catumare... *que pie'onde raya da puntá*”.

60

Cuatro horas tenía ya sentado en esa piedra y todavía no había picado nada. Sebastián había coronado cuatro coporos chiquitos, pero era algo. Pitufu tenía en la cesta con sal un bagre como de dos kilos, por eso estaba relajado.

—¡Verro, compadre, cuida'ó con esa veinticuatro!

Marcelino no hizo caso de la advertencia. Ni siquiera miró la temible hormiga que le pasó por un lado. Parecía concentrado en la pesca. Murmuraba algo, concentrado, como rezando. Sebastián y Pitufó Rojo no podían saber que tarareaba el estribillo de una canción. El estribillo iba y venía, y entre pausas enumeraba las bondades de Mariaté y las veces que él le había dado mala vida con su borrachera y su maltrato. Kuamachi, kuamachi, kuamachi...

—¿Cuál veinticuatro, Sebastián? El compadre Marcelino no le tiene cuidado a nada en el monte. Solamente la Mariaté puede timbrarlo...

—¡Ahora sí es verdá que me jodí yo! Ustedes saben que mi Mariaté es mujer buena. Uno no debe quejarse tanto. Los problemas que tenemos yo me los busco. Y los que no me busco yo, los que ella inventa, también me los busco. Nojoda, Pitufó, a mí lo que me pesa ahorita es no haber pesca'o todavía nada.

Pasó otra hora. El dolor del hombro crecía, el sol encima de sus cabezas se lo azotaba. Estaba incómodo por los corrientazos de dolor, pero más por lo que cavilaba; tenía el pensamiento dividido entre el estribillo y el problema con la Mariaté que ahí se lo había fijado; estaba más triste que el río como sueño de jaguar que lo miraba. Se levantó de la piedra, fumó tabaco... extrañaba su petaca con ron blanco El Bucare, o con la cachaza que Quintín García preparaba... Luego de unos minutos se fue hacia la orilla, directo hacia donde estaba desde hacía meses una curiara vieja amarrada de un palo'e congrio petrificado.

—¡Ahora sí, hermano! Ahí va Marcelino a pelearle los peces a la culebra de agua.

—Déjalo tranquilo, algo debe hacer, Sebastián. Tú sabes.

Por quinta vez Marcelino se puso a subir la atarraya con todo el ímpetu rabioso de la desesperanza.

—¡Maldita punta'e raya!

Eso fue lo último que dijo antes de caer al agua. Por dos minutos, o menos, su cuerpo fue motivo de aquella fiesta de pirañas encendidas por el rojo manante del hombro puya'o... ¡Ha muerto! Eso es todo.

La presencia

*La voz busca una boca
donde estirarse en ráfagas...*

FRANCISCO PÉREZ PERDOMO

Oyó un pedazo de acallada voz. No en el viento nocturno cuando choca contra los árboles y los techos, sino más adentro, en su rumor. Para él ese era el verdadero sonido del viento; la voz familiar que velaba su tiempo.

El insomnio de los días de ocio, los días que él no llamaba días, ni tardes, ni noches, sino tiempos, le trajo o le dejó traer de la memoria algunas de las cosas que regadas por ahí, recostadas en un tiempo fijo, no eran para pensarlas: los vidrios forrados en dos atados en el estacionamiento; la baldosa de terracota sometida a la terca gota clonándose por la falla de una llave de paso; el frasco lleno de una yerba mate absurda en el país; el sócate sin bombillo en el balcón; la segunda de tres sillas, siempre vacía en el comedor. En su memoria esas cosas se recostaban una tras otra de la presencia. La presencia colgada de un clavo, invariablemente recostada de su sombra también invariable, dibujada en su pedazo de pared desconchada. En las paredes, aparte de la presencia, no había casi nada: un reloj sin manecillas desde hacía un tiempo largo, desde cuando la fijeza de la última hora dada por el reloj le paralizó el cuerpo hasta que pudo moverse y variar ese tiempo de parálisis quitándole las manos; un cuadro pequeño con un fondo aceitoso del color del vino, donde flotan unas letras doradas y un sol dorado que según el pintor, un

amigo suyo, quiso ser infantil y no petroglifo como él lo había buscado; quiso ese sol ser así, sencillo, alejado de la noción del tiempo que el astro genera en los humanos; un prodigio que el artista había logrado sin pretenderlo, como si él no hubiese sido el dibujante. Lo colgó cuando paralizó el reloj, para que la presencia no fuera lo único con más que forma en la pared. No podía precisar desde hace cuántos tiempos estaba la presencia ahí colgada.

Oyó repetirse el pedazo de voz, el rumor del viento que ya no estaba afuera, como siempre, sino rodeando la herrumbre del metal y la viscosidad seca de la madera de la presencia, que a diferencia de las demás cosas de la casa ocupaba tiempo además de espacio. Las cosas ni siquiera le significaban materia; sólo llegaban a formas, recostadas, colgadas, quietas o pendulares, fijas en sus sentidos o carentes de soporte, de temperatura siempre ajena, sin lenguaje.

De la voz emergió de repente la luz que una vez le sirvió para dirigir el fuego de la presencia; los vidrios estallados tras esa luz donde otra presencia, humana y viva antes de estallar, le dolía mientras se recostaba de otra forma, también humana, pero sin presencia, cuya falta de lenguaje no bastó para que aquel dolor se hiciera fijo en él, como el tiempo que desde entonces había estado a su alrededor. De la voz emergieron las gotas perfectas que lo ocultaron en el tiempo que tuvo que quedarse quieto, como cosa, ocultando con la chaqueta el peso y el frío de la presencia; las dos chaquetas; aquellos zapatos impermeables que entonces no fueron simples cosas, sino resguardo y señal justificadora de los pasos que lo llevaron a aquella posición, donde por única y fatal vez el estallido de la presencia caló su reclamo.

A su memoria fue llevada la duración del viaje que le trajo a un tiempo con la presencia colgada ahora en la pared de una casa sin vidrios en una de sus ventanas. Casa goteante de tiempo por todas partes, con un balcón que él no habitó ningún tiempo y donde el viento rumorea al bosque el grito de aquella presencia humana que estalló con el fuego de la que ahora en la pared y en su memoria cuelga; como grito de sus manos entonces, ahora como péndulo pesado.

Oyó el pedazo de voz definido en un alto porqué. Entonces ese sonido fue resguardo y señal justificadora de los pasos que lo llevaron al frente de la pared desconchada por el peso de la presencia en su clavo, y de que una hora fuera dibujada por sus manos al descolgarla. Para acallar la voz en el rumor del viento, para acallar todas las cosas, para estallar el insomnio y el tiempo dolor y el reclamo de la voz que el viento trajo.

La presencia descolgada dio crecimiento al pedazo de voz que copó su pensamiento y el pulso en sus manos. “¿Qué hora es?”, dijo en voz alta de repente, como cuando ella estaba para responderle esa pregunta cotidiana y vana. Tuvo un instante para pensar en si eso había sido absurdo o congruente. Absurdo le pareció querer medida del tiempo y congruente por última vez habérselo preguntado, pero la congruencia devino absurda tras la conciencia reemergéndolo en la casa. La voz se le manifestó absoluta, compuesta de agua, luz, fuego y cosas y presencias que estallan... y dialogante breve fue ese segundo disparo disimulado por el viento. Por fin la voz del tiempo se había movido de su lugar de siempre, y el dolor fue descolgado.

Carlucho y Eliseo

*Mis zapatos desiertos,
como un hueso,
no han dejado de andar
sobre la tierra.*

JOSÉ VICENTE ABREU

En el pequeño local sólo dos o tres personas pueden estar al mismo tiempo, y sólo una cuando el zapatero está sentado en su taburete.

A Carlucho no sólo lo acompañan zapatos regados por todas partes. Zapatos terminados junto con algunas hormas de celuloide machacando un estante destartalado; sendas hormas de hierro mirando al techo, ubicadas casi en el centro de la pared del fondo; ajustándolas a la medida de los pies en turno le sirven para estirar las pieles de los zapatos que de aquellos dependen, sean cuales sean estas pieles hechas zapatos. Detrás del armatoste, contra el fondo verdadero, un estante más pequeño y firme, para los tarros de pega, potes con agujas, rollos de nylon, y dos cajones donde guarda herramientas viejas pocas veces usadas; en la pared que el zapatero tiene más cerca hay una máquina, muy ruidosa, formada por un motor y una caja de transmisión tomados de una lavadora, adaptados a tres poleas de distinto tamaño que mueven dos correas que hacen girar dos ejes, dos puntas donde el zapatero según necesidad intercambia una fresa con un anillo recubierto de lija y con otro hecho de un fieltro grueso y despeinado.

Los zapatos regados por todas partes están todos en pares, algunos amarrados con sus trenzas o hebillas, la mayoría unidos por la bolsa numerada que los contiene; pelean su espacio al taburete movable donde casi siempre está sentado el zapatero, y al yunque que por su peso se mueva menos que el taburete, desde donde el zapatero lo inclina hacia sus rodillas cuando necesita apoyo para perfilar suelas y tapas, originando el movimiento aparentemente caótico de algún trapo mugriento y de la lata de leche con asa de alambre y cuero donde anidan dos martillos junto a una multitud de tachuelas de tamaños variables.

Cuando está abierta, de la santamaría cuelgan, de un mismo alambre, un radio de pilas, un almanaque del año, un marcador y un talonario donde se anotan las señas de los clientes, de los pies que por cuarenta años han dependido de su pericia y su constancia.

Las tres paredes, que con la santamaría completan el perímetro que contiene el área de nueve metros cuadrados, están atestadas de jaulas de tamaño y profundidad diversa. Jaulas siempre llenas de colores, brincos y golpeos de donde escapan sonidos de múltiples tonos, duraciones y timbres, con su propio tiempo secreto, distinto al tiempo conocido de los zapatos.

El canto de la copiosa variedad de pájaros, seguramente afectado por los timpanazos del martillo, los correazos y chirridos de la fresadora y los vahos de pega roja, anula la necesidad de compañías como la radio, que Carlucho enciende sólo al mediodía para escuchar las noticias cuando en el local no hay más nadie; otro sonido encerrado que adereza el almuerzo del zapatero, y que a volumen muy bajo alborota aún más el canto de su colección de pájaros.

Eliseo es un tonto gigante, alegre, de mucha manse-dumbre y mayor fuerza. A Eliseo no lo estima casi nadie, escupe saliva por todas partes cuando habla, suda mucho, hediondo, y su aspecto general intimida a muchos y casi siempre genera rechazo. Los más jóvenes del barrio y los más tontos que Eliseo, apenas lo ven cargando sus encar-gos o llevándole a Carlucho un curruñatá, un pico'e plata, un turpial, un canario o un azulejo morado, comienzan a burlarse de él... Y él lo que hace es reírse motivado por su inocencia —nunca se supo la edad de Eliseo, pero tenía por lo menos treinta años— y quizá confiado en su enorme fuerza ríe más y más duro y apura el paso dando siempre la impresión de que va a caerse dejando rodar las naranjas o las papas por el suelo y los pájaros escaparse a donde pertenecen. Parece una ballena por tierra a punto de desplomarse. Tiene una afección cardíaca que le asignó un corazón recrecido, es como el Fidipides de Maratón, llevando de un lado a otro de la cuadra noticias y enco-miendas... Eliseo es incansable.

68 Carlucho y Mercedita son las únicas dos personas en la cuadra con quienes Eliseo de verdad habla. Mercedita es una niña de nueve años que entendiendo la bondad del tonto alegre, lo trata como a un amigo, y este la protege y la ayuda cuando es ella la que debe hacerle a su mamá algún mandado. Eliseo y Mercedita comparten con Carlucho el amor por los pájaros; a ella le gustan sus colores, a él le gustan sus cantos.

—Hola, señor Carlucho, ¿esta vez qué le trajo Eliseo?

—Un gonzalito, niña... Son bonitos, pero no cantan tanto.

—Ajá, si no se lo compran en un mes, me lo regala. Puedo decirle a Eliseo que me consiga uno, pero él no tiene jaulas, sólo tiene las dos trampas. O usted me vende la jaula y yo le digo a Eliseo que me cace un pajarito para llenarla.

—Ya veremos, Mercedita, estas jaulas que ves aquí son todas las que tengo y todas las que caben en este hueco. Cuando llegue tu papá de la fábrica puedes decirle que te traiga a ver los pajaritos. Cuando vengas con él, hablamos. Y dile que ya están listos sus zapatos, los de tu mamá necesitan otra mano de pintura.

—Gracias, señor Carlucho, hasta luego.

—Hasta luego, Mercedita, ten cuidado con los carros.

Y Mercedita cruza la calle hacia el frente de la zapatería, donde queda su casa —quizá esa ya no sea su casa— que tiene un patio con un guayabo siempre llenito de guayabas verdes, de donde ella cuelga sus muñecas en jaulas imaginarias.

Carlucho es isleño, como los canarios verdegris que tanto cuida, entre amarillos comprados en el mercado y otros cruces con cardenalitos que él mismo hace en sus jaulas. Nació en isla de Coche y vivió ahí hasta los doce años, cuando su mamá tuvo que llevarlo a él y a sus dos hermanos al pueblo de selva donde estaba la cárcel en donde el dictador había encerrado a su viejo por conspirar contra el régimen, según Carlucho supo muchos años después por un compañero que su papá había tenido en aquella pena. Lo torturaron al viejo. Según el compañero que fue testigo y le contó aquello, cuando el modelo de tortura le permitía hablar, el viejo de Carlucho gritaba

que él era “duro como los isleños, porque nací de india que memoriaba la laguna de los mártires, y de isleño sin nombre nacido en un lugar donde vino al mundo cruel de ustedes un Juan Bautista Picornell en 1759”.

—Oye, Carlucho, ¿por qué no te afeitas las orejas? Yo creo que como tienen tanto pelo te están creciendo. —Eliseo siempre le dice eso al zapatero, como saludo, y se ríe como un conoto de los que él ha visto cuando caza y que no intentó nunca cazar porque son los protectores del monte—... Oye, Carlucho, ¿quién es Picornell? Tiene nombre de pájaro. Yo no conozco a nadie tan viejo. Solamente a ti que eres más viejo que tus orejas.

—Me los dejo porque son el filtro que me deja distinguir el canto de los pájaros sobre el estruendo —Eliseo no entendía esa palabra que Mercedita le explicó que era como decir un ruido grandísimo y feo; no la entendía porque Carlucho la usaba hablando de los pájaros y el zapatero era para él un guardián de colores y cantos—. Y me los dejo para no escucharte tanta pendejera, Eliseo. Anda a comprarte un cuarto'e kilo de alpiste, cinco cambures y dos panes pequeños, para que almorcemos.

70

Carlucho siempre le respondía así al tonto de Eliseo. Y era cierto que el canto de los pájaros le había generado el pelaje como bigote que le salía de las orejas. La calidad de su trabajo se medía por la pericia cortando, lijando, limpiando, rebajando, puliendo; sus cuchillos eran la base de su oficio, la edad de su oficio y su herencia. La soledad de su oficio le había dado dos grandes orejas con capacidad para adaptarse al sonido, que aunque de seres prisioneros, era un sonido libre de su acción cotidiana y del significado de las palabras y del mundo loco transmitido por la

radio; un sonido que no estaba limitado por cuarenta años de 6:30 am a 7:00 pm: martillo-tachuela, martillo-cuero, máquina-lijas, máquina-fresa, filo-plástico, filo-semicuero. Canto, canto, canto... Y la risa bondadosa de Eliseo.

La crianza de pájaros también era un negocio para Carlucho. La prisión de unos siempre está ligada a otros por riquezas, y aunque también esté ligada a los prisioneros casi siempre por monedas, la verdadera causa es una injusticia desmesurada y a pleno día expuesta, como la locura en espiral de cien aves retenidas en nueve metros.

Y sí, amigo mío, es importante y distinto que puedas ver desde tu jaula un pájaro que canta cerca deteniendo su vuelo, y es importante que sepas que ese hombre que miras al espejo mientras te afeitas, es inocente como aquellos pájaros de Carlucho y Eliseo, y como el llanto de Mercedes —hace ya tanto tiempo, ¿cuánto exactamente?—, el llanto quedo de la niña escondida tras el guayabo, cuando vio que se llevaban sus cuerpos en una camioneta —la radio estaba prendida pero los pájaros estaban extrañamente quietos y callados—. Y la pobrecita también tuvo que ver cómo subían en una jaula de policía a su padre, junto al compañero Martín, llevándose en esa acción represiva todo el canto que conocíamos en el pueblo. Ellos dos, testigos incómodos. Tú, reo. ¿Cuánto tiempo exactamente? Dónde estará ahora el compañero Martín, que tuvo la ocurrencia de dejarte en un zapato la lista de encargos de los combatientes. Entre tanto ruido. Un zapato en esos inmensos nueve metros cuadrados.

Y culebras

*Las ventanas están cerradas,
no se abren ni por dinero.
Todas las puertas trancadas,
ay con la llave del miedo.*

ISMAEL MIRANDA

De jeta

*Estabas a ras de tierra y no te vi. Tuve que cavar
hasta el fondo de mí para encontrarte.*

JUAN JOSÉ ARREOLA

Ahí está el jetón ese. No me ha visto. Mejor me apuro antes de que corra como corrió la última vez que lo vi.

—¡Epa, pajúo, agarra!... ¡Párate, chamo! Todavía te falta piso pa revolcate y cielo pa ve pa'riba... ¡Párate pues, jetón!

El tipo no se levanta. Está más sorprendido por el chance que le doy que por el coñazo. Si me hubiera visto cuando lo medía desde allá afuera no hubiera podido madrugarlo. Seguro en estos treinta años ha pensado en mí de vez en cuando; en cómo sería si nos encontrábamos; en si iba o no a reconocerme; en si yo pensaba hacer algo para defenderme; en si de verdad era capaz de hacerlo. Dice la canción que ese individuo no sabe con quién se metió... Pero este individuo sí sabe dónde está, aunque no se aguzó. El jetón no se esperó nunca que yo pudiera aparecérmele así, con todo por un lado, en plena sien de su conciencia. Yo siempre supe que encontrármelo no era sino eso, que nada importaría las circunstancias. Éramos amigos, aunque él no lo creyera. Cuando la chama le dijo que no era no, yo pude decirle a ella lo que quería que ella supiera. Y no fue tan bonito como ella decía esas dos semanas de “pecado sabroso”, como ella anduvo repitiendo a cada rato durante esas dos semanas muertas en hoteles

ajados. Había que hacerlo molestar, era tan arrogante que perdonaba todo lo que le arrechaba, y era todo, cualquier cosa, lo que podía hacerle zarandear su furia digna y llorona, cómica y cruel; sobre la chama, sobre uno, sobre cualquiera. Luego vino la tristeza justiciera que nos arrojó a los tres por separado; la tristeza de mi claridad y la de su soberbia; la tristeza de la chama que le hizo ignorar la sed y el hambre y se le llevó el cuerpo. Luego me fui porque tenía que irme, por otras cuestiones, y me llevé todo para irlo clasificando, para ir desechando por depuración natural los recuerdos estériles. Siempre entendí que tenía que hacerlo molestar cuando lo viera. Así su venganza sería digna y justa y cómica y llorona otra vez. Sería capaz de olvidar conmigo el odio, el miedo, la culpa de la tristeza de aquel cuerpo joven en la tierra sembrado; sería capaz de entender mi negación de la chama y la negación que recibió él de ella; sería capaz de arrepentirse de haber corrido, cobarde, en vez de bajarla de la vigueta aquella tarde. Su ira me devolvería hecho nada ese poco de miedo que treinta años después, aunque muy reducido, aún queda, aunque sea sólo por el coñazo que me tiembla la mano. Treinta años pasados que ahora me lo ponen al frente para que yo me adelante a la suspensión de su masa corporal y del encuentro.

78

El tipo no se levanta. Todavía cree que el cielo está en los restos suyos dejados por el suelo y en los de nuestra amistad, colgados en una vigueta hace treinta años.

Un celaje en la memoria de Yago

Para María Virginia

Javi y Dionisio eran más que primos, más que panas; eran hermanos. Javi tenía quince, Dionisio diecisiete. Javi era moreno, delgado y alto, siempre fue muy ágil. Dionisio también era flaco, pero macilento, un poco más bajo que Javi. Para mí, y creo que para muchos en La Juana, eran idénticos. Aunque realmente no lo eran, ni físicamente ni en su carácter. Pero cuando regresan del olvido yo los veo como una misma persona; en mi memoria son indivisibles.

Javi siempre quiso y creyó destacar en los deportes; desde las metras, trompos y papagayos, hasta en los escenarios más concurridos; los de su imaginación que lo hacían sentir y comportarse a veces como un prospecto de bigliuer, los de los torneos de básquet cada tres meses en la cancha y las caimaneras con público y barra los domingos en la planada, donde se reunía casi toda la juventud y el ocio adulto del barrio a jugar “beisbol de verdad”; con guantes, bases, caretas para quechar, bates de madera y pelotas de pálding. Ahí era donde más se destacaba, en el beisbol de la planada; sus fildeos, batazos y robos de base, su ánimo contagioso, su porte y su pose, le ganaron el reconocimiento de los más grandes y hasta de los viejos, lo que afianzaba su creencia en que llegaría a la gran carpa, “con los Orioles de Baltimore, preferiblemente”; aunque no sabía en qué equipo terminaría convirtiéndose

en una estrella deportiva, tenía como seguro que llegaría a las pantallas. No jugaba en ninguna liga oficial, no había usado nunca un uniforme de pelotero, aparte de una sudadera descolorida que usaba en todos los partidos de los domingos y una gorra de su equipo nacional favorito: los Tigres de Aragua; su papá, quien le inculcó el amor por el juego de pelota, era maracayero. El viejo Octavito se había ido de la casa con la hija de una vecina hacía como cinco años; él antes lo había admirado, pero desde que se fue le tenía arrechera, no así al equipo; esa lealtad a “los rayados bengalís”, como él los llamaba, sólo era comparable con su lealtad a su mamá, y a Dionisio, su hermano del alma...

Yo no tenía amigos así, ahora tampoco los tengo... Hasta mi hermano era un estorbo; aunque me jodía de vez en cuando, porque era mayor que yo y más fuerte, siempre conseguía la forma de desquitarme por intermedio de mi mamá que nos veía a los dos de la misma manera, aunque yo siempre actué con más inteligencia... Nunca he vivido de afectos, de afectos verdaderos.

Dionisio también era bueno en el beisbol, pero ya casi era mayor de edad y había renunciado a utopías de pobres; había desistido de la pelota, de todos los deportes; chambeara en el taller de frenos del ecuatoriano Zas, y andaba metido en una de lecturas que no servían para nada, a nuestro parecer perdiendo el tiempo con historias donde un tal Rascolnicó y uno de los cuatro hermanos Karamasó, o algo así, traicionaban y mataban; “por culpa de la sociedad”, decía Dionisio; “pero igual matan, uno al viejo y el otro a la vieja”, decía Javi. Y se ponían a hablar de la moral de la muerte, como si supieran.

La mamá de Javi era una tipa grosera, desmesurada; extrañamente bonita y fea a la vez; joven para ser vieja; ni tan gorda ni tan flaca. Era algo así como una mitad doble de todo. Tenía dos apariencias, dos actitudes, dos voces, dos vidas —por lo menos era lo que yo pensaba—, dos caras. Era una señora término medio, jugosa y quemada al mismo tiempo, me digo a veces, jodiendo, para conjurar la carga. Unas veces era brusca: “¡Qué buenos días un carajo, nojoda! Como si la vida en esta mierda fuera buena alguna vez”, otras veces era amable: “Hola, mi’jo, buenos días. Javi está comiendo; ya le digo que baje. Si quieres pasa y lo esperas ahí viendo la tele... ¿No?, bueno, chao, saludame a tu mamá”.

Mejor confieso de una vez que a mí me despertaba un deseo brutal; secreto, por supuesto; unas ganas coño’e madre, arrechas, que a esa edad irremediablemente transitiva me llevaba a masturbarme con demasiada frecuencia... Todos los sábados ella iba al mercado de Tapaito a comprar un poco de carne, vegetales y yerbas medicinales. Sé todo eso porque siempre vigilaba desde la ventana de mi cuarto, esperando a que saliera, anhelando que mi mamá me pidiera hacerle algún mandado en el mercado, lo que me daba el pretexto —¿acaso moral?— para seguirla... de lejos, entre temeroso y excitado. De lejos la veía regatear con el yerbatero, siempre entre groserías y ojos picados, entre interesados y pícaros, lo que yo veía como más vulgar que las mismas groserías y me provocaba unos celos doblemente molestos; por los celos mismos y por descubrirme en ese patético transe. Las veces que me atrevía a dejar que nos cruzáramos en el mercado ella me decía invariablemente: “Hola, mi’jo, ¿cómo estás?... ¿Compran-dito?... Bueno, saludame a tu mamá”... Acto seguido se

iba como apurada, yo daba una vuelta inversa, corriendo por afuera del mercado para llegar antes a donde sabía que ella se dirigía. Me ocultaba bien y la veía entrando al bar —mi memoria insiste en que nunca iba a otro lado— y como yo no podía entrar, adivinaba lo que hacía ahí adentro; calculaba que sólo se tomaba una o dos cervezas, o un ron, porque siempre salía de ahí a los diez minutos, a veces se quedaba un poco más, a lo sumo tardaba media hora en salir y se iba directo a su casa.

Los celos no duraban mucho, por la vergüenza misma y porque su sonrisa soberana en mi mente me los quitaba; esa sonrisa, aparte de sus enormes tetas pecosas, era lo que más me excitaba de ella.

Aquel domingo que me convertí en delator hizo un sol despiadado, arrecho, un sol de mierda. Robé dos cervezas de las cinco que mi hermano tenía en la nevera, temiendo sus golpes si me descubría las metí en los bolsillos del pantalón y me fui directamente a la azotea del edificio; desde ahí se podía ver la planada y se escuchaba la intermitencia del coro de gritos y chiflidos, mentadas de madre y carcajadas, junto con el sonido de los batazos como clave.

Siempre fue muy difícil, por no decir imposible, apartarse completamente del acorralamiento de La Juana. Lo único que podía hacerse para escapar —alguna que otra vez todos en La Juana lo necesitábamos— era irse, preferiblemente solo, a la montaña; unos cuantos lo hacían en ese entonces, aunque a mí la montaña no me ofrecía un espacio abierto; aún no la conocía bien, me parecía cerrada, peligrosa, y ya tenía bastante con La Juana y la mamá de Javi como para andar buscando más asfixiaderas. Yo tenía esa azotea como límite; ese día me ofreció la oportunidad

y la excusa para la celada, y luego la coartada con que me atribuí la inocencia y el desinterés que le sirven a mi memoria de válvula; no para perdonarme, porque nunca me culpo, sino para ocultármeles a Javi y a Dionisio cuando regresan del olvido como némesis bifronte y me revuelven la cabeza.

No recuerdo bien —¿o acaso no quiero acordarme?— cómo llegué al frente de la puerta de la casa de Javi —¿acaso no vivía yo deseando encuentros minúsculos, íntimos, individualmente obscenos, con ella?—. Tampoco recuerdo ahora, ni me percaté entonces, cuánto tiempo estuve ahí parado, rabiando, pensando sin pensar en lo que había visto desde la azotea cuando me levanté para ir a la planada: aquel celaje a través de la cortina, aquella sombra fugaz que no podía ser de Javi, que no podía ser de... ¿de Octavito acaso?... No, eso era casi imposible, no por inoportuno y desafortunado, sino por absurdo; Octavito se había ido hace mucho tiempo ya, además yo lo recuerdo mucho más bajo, aunque con los recuerdos nunca se sabe...

¿Y si subo otra vez y lo veo mejor antes de hacer nada? ¿Por qué siento la necesidad de hacer algo? ¿Qué es exactamente lo que quiero hacer? Es medio fea, grosera. Es la mamá de Javi... ¿Cuál era su nombre?... A lo mejor fue mi imaginación... Conmigo es amable... a veces risueña, incluso me picó el ojo una vez sin que más nadie estuviera presente... ¿Dónde había sido?... ¿Y si durante todo estos años me he camuflado convenientemente en esa escena con el yerbatero? El hecho es más grande que la excusa. ¿Y si no fuera así, por qué sería esa una excusa que basta?

¿Por qué no toco la puerta y le interrumpo la fiesta a la traidora esta?... Ya no soy quien soy, ¿soy otro yo maldito

de celos?... ¿Por qué me tomé tan rápido esas dos cervezas calientes? ¿Seguirán jugando béisbol? ¿Y si está sola, como siempre?, ¿qué le digo sin tener que delatarme? Y si no voy a decirle nada, lo que siento, lo que quiero, ¿para qué vine entonces? ¿Y si solamente me voy para mi casa, para estar con sus tetas y su sonrisa sinvergüenza? ¿Y si mejor me voy a la planada?... Ahí por lo menos podía distraer los celos y la arrechera.

No recuerdo haber decidido firmemente que tenía que tocar a aquella puerta. Sólo lo hice, como todo lo demás sucedió muy rápido, o así lo recuerdo cada vez que viene a mi memoria aquel celaje... No puedo recordar su nombre, se ha borrado, como un veredicto de mi memoria, si lo recordara sería una sentencia; supongo que no puedo recordarlo porque nunca he sentido culpa de nada. No puedo recordar cómo se llamaba aquella mujer de mi primera gana, pero recuerdo bien el agrio vapor de los pechos desnudos debajo de la bata raída de la terriblemente hermosa madre, despeinada, voluptuosa... “Hola, mi’jo, Javi está en la planada... ¿Pasó algo? ¡Contéstame, mi’jo! ¡Habla pues!... ¡Pero bueno, carajito! ¡Nojoda, estoy ocupada, carajo! ¡¿Coño, qué me ves?, ¿tú mamá no tiene tetas?! ¡Estas son muy grandes para ti!... Bueno, pendejito, vete al carajo. ¡Esto lo va a saber Javi, nojoda! Y la puerta contra la cara borró toda posibilidad de sonrisa que pudiera guardar para esa noche y para las que vinieran, terminé de borrarla a ella haciendo desaparecer toda admiración, toda duda... y todo el miedo.

Estoy seguro de que vi de nuevo el celaje. Ahora sé quién está con ella. Qué bolas tiene ese carajo. Cómo se atreve. Yo no tengo derecho de hacer nada... Igual, qué

puedo hacer, aunque quiera actuar con lealtad y nobleza eso no es asunto mío. Nojoda, ¿qué derecho tiene a hablarme así?, pendeja es ella, además ¿qué tiene que ver mi mamá? ¿Qué le voy a decir a ella cuando la puta esa le diga que ando viéndole las tetas?... Esas pecas, seguro son muy suaves, ¿serán dulces o agrias? No, ella no va a decir nada porque no hay nada que decir. ¿Qué va a decir Javi? Seguro va a querer coñasearme... ¿De verdad era él? ¿De verdad estaba con alguien?... Ella no va a decir nada porque es una puta... Qué maldito es ese chamo, cómo va a hacerle eso a Javi; a mí todavía, no somos panas, ¿pero a Javi? Si tuviera dinero le compraría una bata, de un color más oscuro, para que contraste mejor su desnudez saliendo de abajo contra sus pecas.

Todos estos años he tratado de olvidar todo aquello, de ocultármelo, pues más nadie lo supo y ya no queda nadie para saberlo o para olvidarlo, o para ignorarlo siquiera, porque no existe nadie a quien pueda interesarle... Sólo yo puedo recordarlo y olvidarlo luego, que viene a ser lo mismo porque solamente lo sucedido es lo que puede olvidarse... ¿Cómo era que se llamaba? Hacía tiempo que no pensaba en ella, en Javi, en las pecas, en el término de aquel día que me convertí en delator poniéndole rostro simple al terrible celaje. Ahora sé que esas cosas son comunes y cotidianas, pero de aquel día no estoy seguro, de nada. No estoy seguro de si el celaje que vi cruzarse de la cocina al cuarto era de él, ¿o acaso fue hacia el baño? ¿Hay una sombra cruzando? ¿De verdad me quedé ahí quieto, secretamente rabioso, callado, celoso hasta las medias? De los hechos posteriores, los que yo desencadené, no recuerdo casi nada. Por el estorbo de tanto olvido decidido para tapan aquello, para liberarme de ellos tres,

y de mí mismo, es que tengo ahora valor para anotar el recuerdo que queda; para distraerme más que para castigarme, porque aunque sé con certeza que fui un pajuó, no sé si mentiroso, nunca he podido sentirme culpable... Y también con certeza sé que desde ese día he sido un cobarde —¿o la cobardía ya me había definido y estaba esperando la oportunidad para mostrarse, latente desde mucho antes?

Bajé corriendo los seis pisos, poseído por los celos, la rabia y el morbo. La duda volvió y me detuvo un instante, pero se disipó mientras recorrí, caminando, acaso sólo por dentro apresurado, desde la entrada del edificio hasta la placita los escasos cuarenta metros que bastaron para que la conciencia también se disipara; sólo algunos segundos fueron suficientes para que aquel celaje cobrara rostro y con el rostro un nombre. Creo que esos segundos transcurrieron mientras estuve sentado en el único banco de la plaza que estaba completo, donde había pasado tantas horas de vagancia, hablando de cualquier cosa con Javi, con el maldito celaje que ahora por sombra dudosa tenía un rostro y por nombre Dionisio; un nombre que sonó tanto a traición como ese Rodión Rascolnicó que él nos describía cansándonos. Ya convencido, corrí hasta la planada. Ubiqué a Javi esperando remolque en la tercera y me contuve hasta que terminó el inning y él fue hacia la primera base donde Pedro Joven le entregó el guante; me coloqué estratégicamente en el cuadro de prevenidos junto a varios que como yo mismo, cuando jugábamos, se quedaban casi siempre esperando en la banca, con la excusa de que el Loco Ignacio, que a veces hacía de mánager, nos diera un turno de designado. Esperé a que terminaran dos innings hasta que Javi se acercó a buscar otro bate —es justo decir

que siempre fue un pantallero el Javi; siempre cambiaba el bate, como si los grandes ligas que admiraba en la televisión siempre hicieran eso no para el juego, sino para las cámaras; como el pantallero que jugaba tercera para los Tigres en aquella época; un tal Leonardo, un carajo que siempre abucheaban cuando comenzaba su turno y aplaudían cuando lo ponchaban; se paraba siempre con el culito parado y se quitaba el casco antes de cada lanzamiento, y hacía lo mismo con la gorra cuando estaba cubriendo y se batía unos rulitos maricones que tenía; eso era todo el tiempo, el tipo salía y el público lo chalequeaba. Pajuísimo el tipo, puro espectáculo, pero tremendo pelotero el carajo. Así un poco era Javi; jugaba bien a la pelota pero era demasiado pantallero—. No recuerdo qué le dije exactamente, sólo sé que fue de cerca, no tanto, entre dientes y muy bajo para que nadie más me oyera; sé que en lo que le dije estaba el nombre de su mejor amigo, de su hermano, las frases “tu mamá, pana” y “yo soy tu pana, tú lo sabes”, junto a las palabras “traición”, “respeto”, “culpa”... Recuerdo su cara poniéndose roja de ira. Recuerdo que abandonó su pose de bateador sobrado y que dejó caer el bate para luego recogerlo y salir corriendo, decidido, fuera del juego inocente rumbo a la situación inevitable.

Sólo yo sabía la respuesta a la pregunta colectiva de su equipo: “¿Pa dónde vas, Javi?”; “Va para su casa”, respondí sin hablar, satisfecho.

Lo demás fue asunto conocido por los vecinos de aquella época, por la familia, por los compañeros de estudio, por la prensa amarillista y seguramente por algún compañero de celda, aunque no de causa; su causa fue suya, y mía, pero de más nadie. Algunos detalles, aunque inolvidables

también, para mí son irrelevantes, pero son necesarios para que la historia se entienda si no rompo estos papeles y más nunca vuelve a mi memoria aquel celaje: el batazo en la cabeza de Dionisio —se lo encontró caminando muy tranquilo hacia la planada; algunos testigos dijeron que Dionisio incluso llegó a saludarlo, risueño, sin obtener de Javi más respuesta que el brutal batazo—; la puñalada en el brazo de Javi —“fue un accidente, no era para ellos, fue para el otro que traje el cuchillo”, llegó a decir su mamá mientras agonizaba—; el mismo cuchillo en las pecas de ella, que fue a parar ahí porque se le enredó un pie en la chola y se cayó justo encima del arma; la sorpresa común, siempre morbosa, fingida, cada vez que en La Juana sucedían tragedias como esa. Nunca he podido olvidar tampoco la voz conocida en el noticiero de la radio local narrando el suceso, los pormenores públicos y superficiales, mientras en mi cuarto yo me masturbaba, llorando como un pendejo, pero riendo por dentro, borroneándome de la memoria mi propio y cobarde celaje.

El Fino

*Para Franklin Fernández,
en recuerdo de Enrique Correa*

La tarde en que El Fino llegó al barrio transcurrió como otra cualquiera. Al mediodía los tres ya habíamos hecho nuestros mandados; era viernes y Eligio había ido muy temprano en la mañana a pedirle a su tío el zapatero los datos para las carreras de caballos. Robert tuvo que limpiar el quiosco de Robert padre. Yo había cargado toda el agua del mundo, la suficiente para que mamá considerara justo el acopio y me liberara, hasta el día siguiente no más, porque el sábado era día de lavar y no se sabía hasta cuándo habría chance de agarrar más agua. Después de medio almorzar, por prisa y carencia, salí a la calle resuelto a comprar la mejor gaceta hípica para asegurarme una buena racha; lo primero que haría con las lucas ganadas sería pagar una cisterna para salvarme de cargar más agua de la pila, que queda lejos, con la pepa'e sol infalible que se pone más fea con el ratón de la también infalible juega.

El tío de Eligio, a quien en realidad le daba los “datos buenos” era a Manuel, el hermano mayor de Eligio, porque sí trabajaba y no tenía que andar trampeando para conseguir plata pa los caballos. A Eligio le daba información sólo cuando los datos eran “impelables”; así que la caja de cigarros y las cervezas de esa noche estaban seguras si apostábamos con inteligencia.

Robert había llegado a La Juana apenas dos años antes que Eligio y yo, que nos habíamos mudado casi al mismo tiempo, pero actuaba como si hubiera nacido ahí, y nos trataba siempre como recién llegados; aunque Eligio y yo teníamos más de cinco años viviendo en el barrio, que también podría llamarse La Frontera, porque divide el territorio entre la zona de Tapaito, que es puro comercio, y la montaña cerrada, sin nombre, cortando la zona habitada, y que por ruda nadie visitaba —excepto el Loco Ignacio y el viejo Raspao, que también estaba medio chiflado—. Robert era quien nos instruía la historia criminal y la de los amores del barrio, y nos mantenía al tanto de los sucesos “importantes”, que en La Juana siempre estaban adornados con tiros y coñazos, rodeados de alcohol y mala suerte.

El Fino era el personaje más comentado en esas historias —las criminales—: su verdadero nombre era Johnny Machín, hijo de Jairo Machín, “narco de poca monta y gran apostador”, asesinado en una trifulca por una partida de billar, cuando el salón quedaba en donde ahora está el galponcito que sirve de casa comunal y salón de fiestas. El Fino mató su primer muñeco cuando tenía trece años. A los quince ya era el asaltante y matón más temido y respetado en la zona, y hasta más allá de Tapaito. Fue acumulando fantasmas y su prontuario fue creciendo, hasta que a los diecinueve, en un atraco a un restaurante chino que no le había dejado nada de botín, El Fino mató a un carajito por accidente. Para su destino, adivinado por las dos brujas del barrio y antes por el resto de la gente, el carajito muerto era hijo de un policía con cierto rango, quien por un lado intimidando testigos y hampones rasos y por otro moviendo periodistas, traficantes y fiscales, en pocos

días logró dar con el sospechoso, plenamente identificado en tiempo record. En un juicio extrañamente rápido para la época y muy notorio en la prensa local, a El Fino le dieron dieciocho años en la máxima. Sus hermanos y primos —algunos de ellos también delincuentes— se habían encargado de traer al barrio noticias del sentenciado durante los catorce años efectivos de su encierro. Hasta esa tarde en que, directo de la excarcelación, llegó a La Juana.

El Fino era recordado por quienes lo habían conocido, y por quienes decían haberlo hecho, como un tipo duro, decidido, “era justo —a su manera—”; no le tenía miedo a nada ni a nadie, y sus andanzas criminales superaban en audacia y cantidad cualquier otra acción hamponil filtrada a la opinión del barrio. Era conocida su preferencia por dejar en una cuneta a los enemigos que quebraba, y si algún otro, secuaz o no, tuvo la intención de imitarlo o incriminarlo dejando un muñeco en alguna cuneta, no lo logró, porque todo el mundo sabía que El Fino firmaba sus vainas dejando en la escena una estampita de santo, un cuaderno, una llave; siempre algo distinto y siempre algo extraño. Luego le contaba al primero que viera qué cábala había dejado —así llamaba El Fino a esos objetos—, pues no le preocupaba “la paja de nadie en esta mierda”.

Eligio y yo no lo admirábamos, no éramos delincuentes; tampoco le temíamos, pues muchos de nuestros conocidos sí lo eran, como Robert, que ya andaba en malos pasos. En La Juana estábamos acostumbrados a una especie de estado de excepción permanente; redadas y tiroteos constantes, monstruosas peleas, microtráfico gigante de sustancias variadas, deambular común de asesinos y tramposos —exconvictos muchos de ellos—, en mismo

tiempo y espacio con los locos: lectores, matemáticos, activistas, ajedrecistas, pintores, músicos y poetas —entre ellos exconvictos varios— que se reunían a jugar dominó en la placita, o ajedrez, o caída, truco, siete y media, guaraña... En La Juana las cervezas que se tomaban de día siempre se pagaban con apuestas. “La casa paga y se ríe”; esa frase era como un lema en La Juana.

En las dos únicas canchas deportivas de la zona, los extraordinarios torneos improvisados —y autofinanciados: los jugadores hacían vaca para pagar el arbitraje, la hidratación, los primeros auxilios, la música y el trofeo— mostraban con varios ejemplos eso que los politiqueros llaman “talento deportivo, individual y colectivo, en diversas disciplinas” —el “talento deportivo que enorgullece a la nación” es otra cosa—; y como la competencia era jodida, no eran extrañas las coñazas al final de algunos de aquellos juegos, pero esos torneos eran como una tensa taima; la parca se colaba sin pagar en las gradas, revisando su agenda, pero se distraía y casi siempre se emocionaba con el básquet.

Lo cierto es que El Fino salió de la máxima bajo régimen de presentación. Desde hacía varias semanas se hablaba de su salida y regreso. Algunos de sus viejos enemigos se fueron antes —“por un tiempo, pa’evitar cualquier marea alta, por si acaso el hombre viene con una maraña”—. Los difuntos recientes: El Cuco, Jhonny Sapito, Pata’e Peo, La Lluviona, Viejo Coco, Francisquito y otros caídos como “combatientes” en una guerra entre dos banditas de la época —una guerra que duró meses y se llevó también a varios asomados y transeúntes desafortunados—, junto con los vivos enfrentados a la ley, a la

ciudad, a los padres y a otros rivales, eran por esos días tema recurrente, distinto pero igual de cotidiano que la rumba, el desempleo, los caballos, la guerra del Golfo y el béisbol de grandes ligas. Así que la llegada de El Fino era sólo algo más para especular y pasar el tiempo yermo y peligroso de La Juana.

Como a las tres de la tarde, Eligio y yo nos pusimos a revisar en la gaceta los datos de su tío. El poco billete que teníamos para apostar era la paga de una chambita compartida que recién cobrábamos (unos días antes habíamos descargado como ochocientos bloques de un camión para ir acomodando rumas en el solar de la casa de una doña, atravesando una sala y una cocina llena de corotos, bajo la constante amenaza de una limonada que la doña se reservó para el final de la tarea, cuando ya nos habíamos quitado la sádica sed con chistes sobre la doña, los corotos y la limonada). Recuerdo que discutimos porque Baby Flower, la yegua que corría a las siete en la tercera carrera —el “dato seguro” del tío zapatero—, llevaba kilo y medio más de aparataje que en su carrera anterior, que había ganado fácilmente, en la misma distancia y con la misma monta, pero subía de lote y en mil ochocientos metros corría por fuera, además competía contra una yegua que, aunque menos joven, ya le había sacado a Babby Flower más de dos cuerpos, dejando a la “línea nacional” con el único segundo lugar que tenía en cinco carreras de las que había ganado cuatro; un segundo y cuatro victorias señeras. Decidiendo entre Baby Flower y Alabama —“Segunda Favorita”, ganadora de tres carreras en distancia larga— se nos fue yendo la tarde, hasta que perdimos la plata apostando a un “dato fijo” en la segunda, dizque para hacernos base pa la apuesta fuerte. Sin chance.

Salimos de la banca directo al Callejón-2, donde Robert nos había avisado que estaría “un gentío” escuchando los cuentos de El Fino. Cuando llegamos al lugar había como cinco o seis carajos tocando por turnos un bongó y un cencerro; improvisaban estrofas sobre el barrio y sus personajes con las melodías de Lavoe y Maelo como fondo, y el resto, que con nosotros dos éramos más de diez y menos de veinte, hacía coro en el guateque:

... ¡Qué expresión tiene tu rostro!... Parara-pará-pará-pan-pan... Se refleja en la alegríia... Pararaa-pararaa-pararaa... Y está rodeaaado de tánta hipocresía... Parararará-pararará-raa-ra... Es el Nazareno... Tírun-tun-tintun-tan-tan-tan-tán... que te da consejos buenos: haz bien no mires a quién. Dale la mano al caído. Y si acaso bien malo ha sido da-le-la-ma-no también...

Robert estaba sentado en la acera junto al Loco Ignacio, que bebía encapillado una media de cañaclara que nadie tenía interés de probar. Él tampoco conocía a El Fino, y francamente no se interesaba nunca por esos temas. Siguió cantando su parte, fiel a la letra por encima de los que improvisaban:

94

... ¡Dale pa'lante! ¡Pa'lante! ¡Pa'lante! ¡Pa'lante! ¡Pa'lante!, como un elefante. Maelo, no dejes que te tumben tu plante... El Nazareno me dijo... El Nazareno me dijo... El Nazareno me dijo, que cuidará a mi amigos... ¡Óyelo bien!...

El Loco Ignacio tenía la piel cobriza, bigote ancho y entradas notables, mandíbula ancha, nariz chata y pequeña, su fuerte contextura era disimulada por su propio

cuerpo; era más bien retaco y un poco cambeto. Parecía un exboxeador amateur de peso medio. Lo suyo era correr; cantar en la ventana variados tormentos desde que amanecía: “La donna è mobile”; algunas veces, muy tarde en la noche, hacer quinientos, mil, mil quinientos intentos al aro desde la raya de tres (una mañana de domingo nos espichó un balón con un tridente de cocina porque según él no dejábamos dormir a la gente y porque además era domingo)... Se la pasaba metido en la montaña; le gustaba echar sus propios cuentos, que casi siempre mezclaba con su lectura de historia patria hecha hábito en una celda de su pasado. Cuando salió libre —decía que no se acordaba cuánta cana había pagado, que fue poca, eso sí lo sabía, pero no exactamente cuánta— se mudó a la casa de sus padres en La Juana, quienes al haber “caído en desgracia” por las acciones de su único hijo habían huido de donde los conocían, para alejarse “de toda secuela y recuerdo de aquello”. Nunca supimos qué había sido “aquello”, pero lo sospechábamos muy terrible, para que un tipo como El Loco Ignacio mereciera tal rechazo familiar e intento de distanciamiento. Él siempre decía: “Me sé y me siento inocente, pero fui culpable de alguna manera”. Nada más.

Robert estaba más hablachento que nunca, y pasando de un tema a otro, de una sustancia a otra, no dejaba al Loco Ignacio desarrollar su propia charla; algo decía El Loco sobre el liceo que no servía pa’un coño, y sobre un tal Zamora, unos amarillos y unos colora’os, en algún pasado desconocido de “nuestra guerra popular eterna”, como él llamaba a toda causa y condición de nuestras vidas en La Juana.

El Fino llegó al Callejón-2 como a eso de las diez, cuando ya todo el mundo estaba medio sarataco. Era un tipo flaco, pálido, de mentón sobresaliente, pelo liso y corto

peinado hacia atrás con gelatina, y un bigotico también ralo que acentuaba su palidez. Sus zapatos eran negros y su ropa totalmente blanca, portaba varios anillos de distintos tamaños y en el cuello un cordón tricolor que lo identificaba como devoto del espiritismo marialionzero. Se parecía un poco a Pierre Nodoyuna, el dueño del perro Patán y eterno villano de *Los Autos Locos*. Luego de las presentaciones por parte de su primo Pepo, poco a poco se fue haciendo de un público que escuchaba absorto su relato de exprisionero. Entre muchas pendejadas y cosas ya sabidas de ese infierno, sólo recuerdo que habló de su “regla” de no dejar nunca zapatos debajo de la cama, por temor a la visita que podían hacerle sus fantasmas, que siempre eran encabezados por el niño muerto; que los había visto porque “aunque yo soy inteligente y serio con mis vainas, las reglas son para romperlas de vez en cuando”. Y así siguió, hablando de Petróleo Crudo, de Montenegro, de una pirámide que iba a visitar en Barquisimeto, hablando y hablando de cosas que más que hacerlo ver conocedor de la materia lo fueron afantasmando.

96

Eligio y yo no nos quedamos mucho, nos fuimos minutos después de que El Loco Ignacio nos dijera que “ese tipo es una bruja; yo lo conocí en la máxima con otro nombre: le decían Johnny Mechas”. Dijo eso duro, ladeo el rostro pero directa la voz, mientras lanzaba y embocaba la media botella vacía en un pipote a dos o tres metros, que tampoco estaba viendo, generando un ruido interruptor en el aburrido y también falso relato de El Fino. Robert sí se quedó, decía y creía que ese carajo era “una leyenda” y El Loco Ignacio no era para él más que eso: “un loco de mierda”.

Al día siguiente cargué más agua. Terminé temprano y me fui a la placita para ver si alguien pegaba conmigo una

partida de ajedrez. Al frente quedaba la bodega de Paulo, donde El Fino se bebía una cerveza bien fría para pasar el ratón. Saludó con una seña de cabeza, como diciendo “qué hay”. Respondí idénticamente.

No conseguí a nadie para el ajedrez. Llevaba ahí como diez minutos cuando apareció Raspao bajando por el medio de la calle. Raspao era un viejito campesino. Chiquito, violinúo, lampiño él, y con la ropa y el sombrero siempre llenos de monte, plumas o pelos. Tenía la voz atiplada y cómica, y los carajitos siempre lo molestaban diciéndole “Raspao, huele peo; Raspao, huele peo”, imitándole la voz, persiguiéndolo de lejos y retrocediendo cada vez que él se daba la vuelta para lanzarle a los coñitos las piedras que siempre llevaba en los bolsillos, gritándoles con su vocecita: “¡Atrevidos! ¡Malvivientes! ¡Raspao tu madre! ¡Raspao tu abuela!”; hasta que cruzaba el recodo que conducía a su rancho, adonde nadie se atrevía a perseguirlo. Apenas inició la conocida escena, El Fino se echó a reír y se unió al coro de atrevidos malvivientes. Cuando Raspao lo notó, dejó de lanzarle piedras e insultos a los niños y se detuvo frente a El Fino diciéndole: “¡¿Tú también, diablo! el coño?! ¡A ti sí te puedo pasía el charapo por las costillas!”. El Fino seguía riéndose y repetía: “¡Raspao! ¡Raspao!”, imitándole la voz al viejo, quien se alejó rápido, muy serio, y cuando llegó a la esquina se volteó y mirándolo con los ojos muy pelaos le indicó con una mano que lo esperara ahí donde estaba, mientras con la otra se pasaba el índice por el cuello.

El Loco Ignacio vio todo desde la ventana de su apartamento —eso nos dijo después—. A los pocos minutos apareció en la bodega y le dijo a El Fino: “Mira, pajúo...

Ese señor es amigo mío. Esos carajitos también son amigos míos. Tú sobras en esta mierda. Respeta"... El Fino peló los ojos y le respondió: "¿Y qué vas a hacer, cuerpo muerto?". Ignacio dijo con fuerza: "Nada, si no te vuelvo a ver en esa —apretó la voz hasta muy bajito y no se escuchó algo que le dijo—... pero si quieres dale pa que veas, chigüire". Se puso la mano tras la espalda, amagando, como tanteando algún arma que desde mi posición se notaba que no tenía. El Fino se echó a reír con nerviosismo, y con un tono que quería ser de burla pero se notaba de miedo, le respondió al Loco Ignacio pero mirando la casa del viejo que ya venía y traía una varita en la mano —yo creía que iba a buscar un machete o una escopeta—: "Después arreglamos; ahora estoy contento". Y se fue.

Años antes yo también había molestado a Raspao. Hasta que una tardenoche se apareció el viejo con un bojote grande en el hombro, un saco de donde salía la cola de un cunaguaro que, según me pareció escuchar, había cazado en la montaña. Y no llevaba escopeta. Eso me hizo verlo como un tipo arrecho, un loco digno de respeto, y hasta de miedo.

98

Había pasado poco más de tres semanas desde la tarde en que El Fino llegó a La Juana, cuando escuchamos la noticia por radiobemba: "¡Mataron a El Fino! ¡Le dieron viaje a El Fino!".

Por Robert nos enteramos bien de cómo había sido la muerte de "la leyenda": días antes de que lo mataran, unos hermanos de El Fino habían improvisado una fiesta en su casa, adonde fue mucha gente conocida y unas cuantas personas de otra zona que andaban por ahí "dando vueltas". No se sabía bien por qué, pero entre los foráneos

estaban unos chamitos como de catorce y quince años que El Fino corrió de la fiesta a punta de golpes y patadas, parece que ensañado, de muy mala manera, gritando desaforado que no los mataba porque estaba presente su vieja. Pasaron dos o tres días y aquella “pandilla de cuatro” regresó a la madrugada, “en un Malibú de vidrios oscuros y armados hasta los dientes” —según el cuento de Robert—. “Cuando encontraron a la bruja de El Fino, lo hicieron arrodillar mostrándole apenas los cañones, desde el carro. Le dijeron como en coro: ‘Somos tu lobo y tu fantasma, y tu verdugo y tu miedo’ —el tipo se persignaba, lloraba, suplicaba—. ‘Te vamos a quebrar porque eres un viejo y te gusta andar por ahí humillando muchachos, ¿no, bruja? Pero te equivocaste; nosotros no somos ningunos muchachos. Y te vamos a matar porque vimos lo que le hiciste a tu propia vieja; porque respetamos a las doñas y porque ahora no estás con ella’. Y cada uno le metió una bala al llorón ese”.

En eso pasó Manuel y nos dijo que Baby Flower había perdido otra carrera.

Pecho

La fiesta comenzó más tarde de lo anunciado. La electricidad había fallado los últimos tres meses, pero nunca un viernes. Eligio, que siempre fue muy suspicaz —el Paranoico, le decían en el liceo— dijo que la policía había cortado la luz para que no hubiera fiesta. Los últimos dos viernes el bembé había terminado con balacera. La falta de alma o de chance para sentimientos puso a unos cuantos a apostar si esa vez iba a sonar como sanseacabó la sátira de “Alma Llanera”, si se prendía una mecha o si se llegaba al vallenato respondón que como a las seis de la mañana ponía el paisa Samuel en su taller cuando la música paga se acababa.

Pensando en la chamba del lunes, yo le respondí a Eligio que la policía podía joder mucho, pero que esos cagones no se iban a atrever a cortar ninguna luz ni un carajo que pudiera perjudicar a la gente porque esos cagones le tienen miedo a la gente cuando tiene razón y sale obligada a protestar por los derechos; todo se sabe algún día y más cuando lo quiere averiguar la gente. Ningún saboteo nada, seguro se había explotado un transformador o era cualquier otra falla de las de siempre. Robert terminó la polémica diciendo que sólo era mala suerte. Eligio, que siempre tenía algo que decir al final de todo, dijo que también podía ser buena suerte.

Como a las once llegó la luz y la fiesta comenzó a las once y cinco. Las pocas personas que nos habíamos quedado en la zona caliente, hablando paja, fumando y bebiendo, pagamos la entrada rápido, Eligio de primero.

En media hora el ranchón estaba hasta el techo. Nos pusimos cerca de las cornetas, no tanto pero cerca; era un sitio estratégico porque también estaba cerca del baño y de la cerveza. Yo, porque siempre he sido precavido, o porque estaba entrenado en el subconsciente para andar pendiente, viendo dos veces hacia lo lejos para no salir en la lotería de la violencia, casi siempre me quedaba cerca de la puerta, por si acaso.

La rumba arrancó con un set de salsa —como es debido—, para calentar los cuerpos y el ambiente. Sonaron seguidas “Cipriano Armeteros”, “No le pegue a la negra” y “El negrito Zambú”, luego una que no recuerdo, y siguieron “Llorarás” y “De todas maneras rosas”...

Disfruté el repertorio hasta que un carajito se acercó a la cadena de seguridad ofreciendo pleito o dinero, después se fue riéndose; seguro era pana o familia del diyei que se mandó una mezcla malísima de salsa erótica. “... De todas maneras rosas para quien ya me!”... Paró la melodía de coñazo y se lanzó esa mierda —y Chamo Electro tenía fama de mezclar puros *sets* largos.

Por aquella época yo no bailaba. Iba a las rumbas para escuchar la música, vacilar un rato con los panas, y porque no había mucho más que hacer a menos que fuera andar metiéndose en trampas y estupideces. Me ubicaba en lugares estratégicos, cazando las piezas buenas. Moviéndome para afuera cuando la música me parecía mala. Mientras menos me gustaba más lejos de la música me iba, algunas veces pegaba esa rutina con la vuelta a la casa. Sólo cuando me gustaba una chama y creía o imaginaba que tenía chance me quedaba adentro, por más mala que fuera la música. Mientras más me gustaba menos me

molestaban las piezas malas, algunas veces pegaba esa rutina con la pendejada de no moverme ni para cambiar la cerveza caliente, pero eso no pasaba casi nunca, porque aunque me gustaban todas, no tenía chance, y siempre ha sido difícil que me ponga a andar imaginando lo que no es; una vez Helena Rosario me dijo: “tú vas a ser un carajo de certezas”, ahora sé que esas palabras eran una pendejada más de la vieja borracha esa.

Había como cinco o seis carajos que siempre lograban empatarse con las chamamás más buenas; entre esos, dos eran caudillos delincuentes: Piter y Jonathan X —lo llamábamos así porque cuando hablaba decía “equis” cada dos por tres—, ellos dos se quedaban en el rin de las “deslumbrables” de siempre; seguramente por sus motos, su ropa de marca y sus pistolas, pero si nadie le competía esos cuadros, y menos cuando estaban en proceso, era más por ese detalle, por esa etiqueta de ellas, que por la de ellos. Entre los otros “gigolós” estaba mi amigo Doble Cuña; le decíamos así porque tenía la cabeza chata y unas piernas palúas que le había dejado una poliomielitis, y como para compensar se la pasaba desde siempre haciendo barras, había sacado un cuerpo extrañamente cuadrado; parecía una cuña con dos piernas. También le decíamos Medio Lego. Un señor colombiano, viejito, que vivía en una pieza al frente de la casa de Doble Cuña —que en realidad se llamaba José Juan Palacios Palacios, por sus dos abuelos barloventeños—, siempre que lo veía le decía: “Hola, cucurucho”, y Doble Cuña le respondía: “¡Ayyy, barquilla!”... Era un carajo alegre, jodedor, escandaloso; tenía cuatro aficiones: el básquet, las mujeres flacas, las barras y la mariguana. Una semana antes de la fiesta me había

contado que iba a tener un hijo, Briseida estaba preñada. La única que lo puso serio, lúcido y limpio fue Briseida.

Briseida era una cerebrita hermosa; flaca, apretada, pelo negro y brillante como de medusa, ojos rayados, y una sonrisa pícaro a pesar de ella. Nunca iba a fiestas. Estudiaba mucho porque iba a ser abogada. La respetábamos mucho por su inteligencia. No era pedante como la mayoría de la gente que se destaca con buenas notas en los estudios; como mi prima Maribel que siempre andaba renegando del barrio y de todo el mundo, impulsada por el mojón de que si se comportaba así iba “a salir de abajo” sin salpicarse de penas. Siempre decía que no perdería su tiempo “ni saludando a esos tierrúos ignorantes”. Pero era a ella a la que nadie saludaba... En fin, a Briseida todos la amábamos.

Esa noche José Juan estaba muy extraño: serio, pensativo, cauteloso; casi como un maestro jugador de garrote decidido a actuar de repente si la necesidad se presentaba. Estaba diciéndome que había ido a la fiesta por pura costumbre, que ya se iba, que al día siguiente tenía que salir a buscar la plata para llevar a Briseida al médico, cuando se fue la luz de nuevo. No había terminado el encandilamiento de la sombra y el zumbido del silencio cuando se escucharon afuera dos disparos. “La policía”, dijo Eligio, que se quedó adentro. Aunque lo más seguro es que la policía no había sido directamente responsable de los cortes de luz y aunque no se sabe si fueron suyos algunos de esos disparos —directamente, porque casi toda la munición del armamento que no era artesanal ni para cacería, la ponía la policía en el ruedo junto con varias bancas de apuestas, varios burdeles y mucha de la droga que circulaba en esos

negocios y en varios de Tapaito; un quiosco de periódicos y una farmacia chiquitica eran los más boletas—, donde sí cumplió la policía, incluido su sargento González del momento, fue en su llegada cuatro y media horas después del suceso, puntuales siempre para la tardanza.

Pasó un tiempo corto que pareció muy largo y la luz llegó de nuevo. Se vio la gente quieta, fijada por la luz de los bombillos resucitados; gente detrás de unos carros; agachada debajo de un árbol; a punto de correr hacia una cancha; gente resguardada tras la gente; uno que otro personaje borroso por desinteresado, discapacitado o indolente... Resaltó una figura vestida de blanco con un pie adentro del ranchón y otro apenas pisando afuera. Como un teatro de títeres a punto de culminar una escena donde el silencio cesa y deja como protagonistas, bajo reflectores, los pies que no son pies y las voces del público desincronizadas y recogidas por si viene otra escena. La acción se activó acelerándose con unos gritos y otros gritos y otro disparo y se volvió a detener cuando José Juan se asomó como una marioneta sonriente en la ventana del ranchón que le servía de teatrino, al tiempo que cantaba: “Que siga la fiesta”.

104

De repente alguien, un anónimo, encandilado seguramente, le partió el pecho a José Juan, y a Briseida... a todos en La Juana nos partió el pecho.

La fuga

Me di a la fuga, compadre. A lo mejor si me hubiera quedado quieto en casa'e La Grilla, la policía no me encuentra... Qué va, esos carajos me iban a agarrar igualito, viejo Juvenal no tenía amigos ni enemigos, aparte de mí y Zulay que no éramos sino empleados suyos. Y Zulay siguió yendo pa la funeraria; seguro la investigaron, pero como no fue ella, pues quedaba yo. Qué vaina, todo por cincuenta dólares, me dio una arrechera... y bueno, ya es tarde. Si lo hubiera enterrado en el cementerio capaz no lo encuentran, pero eso se me ocurrió tarde. ¿Por qué carajo tuve que ponerlo ahí? En esos baldíos es que la policía cuando busca encuentra. Y ahora lo que viene, compadre. Me voy a morir yo de viejo, como quería después de ver tanto muerto, pero encerrado; casi como en una urna, pero despierto, porque aquí hay que andar con los ojos pelaos.

Indalecio Rodríguez, de 55 años. Presunta participación crimen contra Juvenal Inojosa, 63 años, propietario de la funeraria en cuyo lugar Rodríguez laboraba como chofer...

¡Qué vaina! ¡Todo por unos dólares cagaos! Me dio madre'e arrechera... El tipo no se quiso bajarse con la caja fuerte y tuve que dale... a lo mejor no, pero había que tener paciencia y la Zulay estaba por llegar... Estos cheos no tienen idea de la fuga, a lo mejor los registros están borrados... O a lo mejor están por descubrir la fuga y ahí sí es verdad que me jodí.

La víctima denunciada desaparecida, 10 de septiembre del corriente. Cadáver localizado, 3 de diciembre. Enterrado en el sector Uvito, zona boscosa...

Yo no quería fugarme aquella vez, Carmelito era culebra y los causas estaban de traslado y a mí me lo retrasaron porque estaba jodío con un dengue. No tenía que salirme con esos locos, desde ahí comenzó la saladera. El tráfico nunca fue lo mío, pero tuve que entrarle al giro, pa pagá la deuda de la fuga que yo no sé si era mejor quedarme y jodé al Carmelito, aunque el carajo tenía pueblo allá dentro...

Rodríguez confesó utilizó pico y pala para asesinar y enterrar cadáver de Inojosa. Discusión pago servicio funerario. Alto consumo de bebidas alcohólicas.

Me di a la fuga, compadre. Entonces tenía que chofe-reale a viejo Juvenal. Pero la funeraria no tapaba bien el negocio, y al viejo le gustaba beber, y comenzó a sacarle al producto y hubo que dale porque no quiso bajarse aunque tenía con qué en la caja fuerte. Y a lo mejor la Zulay andaba tapando la vaina, seguro también sacó provecho. El viejo no me caía tan mal, era un hijueputa con los riales pero no era mala gente. Tuve que dale en el mismo momento que agarré la pala. ¡Coño! Esa Zulay de verdad está bien buena, por eso tres años trabajando con ella y no me di cuenta de cómo era. ¿Cuánto era la sentencia del Carmelito? ¿Estará ahí todavía? ¿Por qué tengo tanto miedo de eso, si ha pasado tanto tiempo y dicen que hubo mucho traslado y excarcelación cuando cambiaron el régimen?

En vez de jodé al Carmelito allá, cuando no tenía miedo como ahora, y no era viejo, ni tenía deuda, y estaba a

punto de salir sin que me marcaran la cédula... Pero no, tuve que darme a la fuga... Coño, yo no sé si estos carajos agarren pa soltarlo a uno, igual no tengo ni los cincuenta dólares que le quité al viejo.

Desaparecida Zulay Pantoja, de 37 años. Presunta participación crimen contra Inojosa, en cuyo negocio Pantoja laboraba como secretaria...

En vez de trabajar mejor la cosa; no sé, hablar bien con Zulay... Yo creo que sí me prefería al viejo, así pela bolas y todo, nojoda. Pero eso parecía otra fuga y desde aquella vez a mí me cuesta eso... Ahora estoy pensando cómo fugarme de esta. Aunque no creo... Ahora dicen los cheos que Zulay estaba conmigo cuando enterré al viejo. También es raro eso del otro tipo. Yo sé, los cheos saben que yo estaba solo, pero parece que ese tal ignoto andaba buscando al viejo por cuenta de los dueños de la deuda.

Pesquisas de campo. Análisis telefónico. Detención de Oswaldo Álvarez alias "Oswaldito", 27 años, residente Uvito, Por confirmar. confesó ejecuta asesinato con complicidad de Rodríguez.

Yo no conozco a ese tipo. Mandó decir con un cheo que viene mandado por los de arriba, que quieren cuidar su deuda, que es para protegerme. Que van a ponerme adentro con un socio para que el carro de Carmelito no la tenga tan panza. Yo lo que saqué fueron cincuenta dolores apenas, eso se lo dije al cheo para que no se engolosinara, pero con el Oswaldito ese no sé lo que más convenga... Estoy jodío de cualquier manera. ¡Mierda! El carajo ese todavía está adentro, y parece que es para allá que nos va a mandar el proceso. Pero no es eso lo que me preocupa

ahora, este Oswaldito tiene otra chamba pendiente. No esperaba que yo le diera viaje al viejo Juvenal primero, antes de que él llegara a cumplir su encargo, no contaba con que me fuera, no contaba con que la caja fuerte se fuera con el viejo que vine a enterrar justamente cerca de la casa de la Zulay. Nunca había enterrado a nadie y pensé que tenía tiempo para buscarla. Yo sé que este tipo no es de Uvito, y también sé sin que me lo hayan dicho que la Zulay dejó de ser de este lado... igual que el viejo.

Me di a la fuga, compadre. Estuve siete años corriendo, endeudado, y ahora vengo a ver clarito que la fuga fue una vuelta completa. Que me falta un pedacito del círculo y ya casi estoy enterrado porque la fuga me trajo de vuelta pa'dentro.

Novela

Tumbagallo vivía hablándole a Tatiana de unas luces y un mareo. Si no fuera porque Rubén se había ganado muy bien el apodo noqueando a cuanto gallito se apareciera por el barrio, ella hubiera podido pensar que le faltaba la valentía que ella, presuponiendo por el apodo y la actitud, consideró atractiva antes que su apariencia. Otra cosa era la intimidad de los sábados, no tan ricos como él suponía y alardeaba, sino aceptables en el parecer novelero de ella. Además cantaba, y aunque a Tatiana no le gustaba nada ese “quiero ser de tu vida una luz en las tinieblas” que Rubén siempre repetía, le gustaba su voz y la intención la halagaba y la enamoraba novelosamente. Aunque era cierto que su Tumbagallo había salido ganador en todas sus peleas con los de la cuadra y héroe nacional en todas sus peleas con los de los edificios que rodeaban la vereda cuando el héroe andaba recorriéndola; aunque andando con él nadie la molestaba; y aunque su mamá, y hasta su papá, que “le aceptaban” el noviazgo sin mucha queja, la trataban como persona grande, eran tres conjunciones concesivas que no evitaban que ella no sintiera el abrazo del novio como se lo había imaginado: de novela.

Lo del mareo él lo atribuía al cansancio que venía de la fábrica junto al pobre salario. Lo de las luces no se lo explicaba. Le producía terror, no el estar enfermo, porque a esa edad no se piensa en enfermedad, sino algo sobrenatural, algo brujo de quién sabe qué enemigo, de los que en todas partes Tumbagallo andaba viendo. En cambio Tatiana no pensaba en eso, quizá porque creía que un carajo

así, restateo, no debía andar viendo luces y mucho menos teniendo mareos y, siendo más honesta, porque no le importaba tanto la humanidad del novio como su imagen.

—Coño, Tati, ahí están otra vez las luces. ¿Quién me andará jodiendo?

—No sé, mi amor, seguro no es nada de eso. ¿Por qué no vamos al médico?

—¿Cómo no va a ser nada? Tú lo dices porque no eres la que sufre esto, nojoda.

—No, chamo, lo digo porque es lo que creo. A ver, ¿te da fiebre?, ¿te pones débil?... ¿No? ¿Entonces, chamo?

—Qué va, Tati, tú sabes que soy fuerte, por eso mismo es que me preocupa esta vaina, a veces casi tiemblo. Esta vaina es una brujería, o un presagio, como dice mi abuela.

—Deja el tema ya, mi amor. Dame un beso y deja el drama.

En eso se iba tiempo. Unos besos, un rato con otro tema, y ahí estaban otra vez el lucerío y el mareo. A él le angustiaba. A ella solamente le fastidiaba la novela: “Rubén es pura propaganda aburrida y repetida que da náusea”, se lamentaba.

110

Era sábado cuando Tumbagallo fue temprano a la casa de Tatiana para decirle que esa noche iban a una fiesta. En el camino de regreso a su casa se encontró a Burro Bruto, uno de los primeros que había tenido que joder para hacerse con la fama que hizo que Tatiana lo viera. Listo: él era el más audaz y fuerte y ella la que estaba más buena. “Lo derroté por ti, princesa, ahora estoy derrotado por ti que eres mi más que reina”.

“¡Cóño! ¡Ese es el mío! ¡Estoy hecha, como en Miami! ¡Mi estrella valiente! ¡Más nada, vale!”. Así repetía ella su propio *jingle*, hasta que se vio obligada a quererlo.

Tatiana había citado a Burro Bruto en esa esquina para hablarle de los mareos del novio. No eran amigos pero sabía que Burro Bruto había recibido también muchos golpes y a lo mejor algo podía decirle que le sirviera para terminar con la ladilla de Rubén, que además no quería contarle a más nadie y no iba al médico. Pero más que eso, a ella le gustaba el miedito y la posibilidad de los celos noveleros de Rubén que ella esperaba lo pondrían poderoso de nuevo.

Burro Bruto había ido al encuentro con la Tati porque sabía que el novio siempre andaba con ella, que cuando Tumbagallo lo viera con Tatiana sería el momento de accionar. Tenía miedo, pero iba a hacerlo.

Tatiana cruzó la calle. Tumbagallo estaba sentado en el capó de un carro, tenía las manos en la cabeza como cada vez que se le metían las luces y venía el mareo. Burro Bruto dudó y se quedó quieto, analizando. Un carro apareció en la esquina echando humo y truenos por las ventanillas, cambiando el plano. Tres treintayochos rafaguearon al frente. Tatiana no estaba en la línea, Burro Bruto estaba más lejos, Tumbagallo estaba ido en el mareo, fuera de guion, descuidado, peligrando.

Nada de eso fue con ellos, aunque otra muchacha, una que no tenía novio ni veía novelas, cayó por bala loca, y el novio gallardo de Tatiana, que atravesaba un problema de existencia —como decía su abuela—, apenas pudo ver un plano ampliado en la acera contraria, un detalle conocido por todos, de un enemigo antiguo, y cobarde, que llevando

una pistola en la mano, corría despavorido huyéndole o persiguiendo extras como los que estaban en la bodega donde la bala loca encontró un omoplato de entrada y un corazón sorprendido de salida. El despavorido armado hizo tangente con la Tati, que en ese momento viéndolo de lejos se preguntó si al güevón de su novio se le había quitado la vaina. Como en una novela, lo que en verdad sucedía a una persona, cerquita, no tenía nada que ver con su pose desesperada y sí mucho con la vida.

Los santos

Augusto El Diablo era un albino chiquitico. De voz tan grave que cuando hablaba su persona mostraba un demonio doble. Además de la voz desproporcionada, su figura era también extraña: un poco extraño el cuerpo de viejo en su metro cuarenta y algo, sin las diferencias físicas que podamos imaginar en una persona enana; más extraña la proporción de sus extremidades, como las de un tipo de treinta o cuarenta, que contrastaban con el tamaño de su torso y su cabeza, que correspondían a la edad normal para alguien de su altura —¿catorce?, ¿quince años?

El Loco Ignacio decía que Augusto era “como un animal primitivo de las primeras adoraciones en África”, que no era un santo sino un demonio, también decía que eso se confirmaba cuando hablaba: grave, bajo, corto y sin pausa. “Es un santo niño envejecido, saltado como demonio desde la selva del primer tiempo a la resolana de La Juana”, decía El Loco que se las daba de poeta. Más serio, decía arrugando la cara: “Se desplaza muy raro y no parece que consuma vainas raras”.

Apareció de repente, caminando lento y en ángulos rectos, la cabeza como faro de puerto, los ojos como faro de monte. Siempre al mediodía, caminando lento pero sin pausa por la sombra de los edificios, por las aceras; mirando derecho, a la altura que a los ojos permite la cabeza cuando se mira al frente sin levantarla.

Había aparecido en La Juana hacía como ocho veces de andar por ahí caminando: siempre aparecía al mediodía

y su rutina era siempre la misma, pero entre una y otra manifestación de Augusto El Diablo entre nosotros, no pasaba nunca el mismo tiempo. Claro que uno decía darse cuenta de que el tipo andaba campaneando algo, pero eso era normal, en La Juana casi todo el mundo andaba en la misma. Saludaba a alguno que otro aunque no se sabe si de verdad lo conocían; él saludaba a cualquiera y mencionaba algún nombre: “El tío Carlos; Carmen, la mamá de Francisquito; José, ese, el amigo de tu hermano, tremendo pana”... Cuando rodeaba tres edificios, cuando parecía que iba a terminar su “ludo” rodeando los cuatro edificios de la manzana, se paraba en la bodega, donde compraba un cigarro, hablaba un poquito con la señora Marycruz, lo prendía y se iba caminando hacia detrás del 4B, hacia donde está el estacionamiento de la manzana 3. A la hora, como a la una o una y media, regresaba haciendo un recorrido exactamente inverso: compraba otro cigarro en la bodega que a esa hora estaba más solitaria —no hablaba—, guardaba el cigarro en el bolsillo de la guayabera azul oscuro que llevaba siempre, y volvía con la misma lentitud sin pausa remarcando los ángulos que había hecho antes, a veces traía bolsas que parecían pesadas para uno: con verduras, grandes; El Diablo las cargaba casi sin mover los hombros, una en cada mano para hacer equilibrio, pero balanceando los brazos hacia adelante y hacia atrás, como haciendo ejercicio. Tenía que saber que desde la cancha todo el mundo lo observaba, pero no reflejaba nada, el tipo andaba en lo suyo, en su rutina loca y extraña. Silbando un joropo tuyero como una especie de despedida (intente usted silbar un joropo trancado de esos), desaparecía tras la última esquina que repasaba. Era extraño, muy extraño.

Una noche de menguante, pasadas las doce, se oyeron unos gritos. Era Helena Rosario. Los vecinos salimos a ver qué pasaba. Cuando llegué al quinto piso vi a doña Helena que estaba sentada en las escaleras del pasillo, tenía una escoba en la mano y repetía nerviosa, a las vecinas que tenía cerca, “¡Ay, Santo Niño! ¡Ay, san Miguel Arcángel! ¡Ay, san Judas Tadeo!... ¡Por la ventana, por la ventana!”... Entré a la casa y me asomé por las ventanas; la sala primero, luego el primer cuarto, vi la ventana de la batea abierta y un tobo de agua regado. Me asomé con cuidado y había ropa rota en el tendedero, varias franelas voladas unas sobre otras. El humo y las cenizas no dejaban ver bien para abajo, arriba tampoco se veía nada.

Cuando llegué al estacionamiento había como diez personas y dos linternas mirando a Augusto El Diablo que estaba en el suelo tirado. Era la primera vez que lo veíamos de noche. Llevaba la misma ropa de siempre, pero tenía una correa negra por encima de la guayabera, en la correa tenía amarradas tres o cuatro bolsas de plástico, grandes, negras; cada bolsa eran tres o cuatro bolsas una dentro de otra, en una tenía pedazos de cartón enrollados. Tenía las piernas traumadas, los brazos abiertos y las manos más abiertas todavía, los dedos muy estirados, como tratando de agarrar un rollo de tirro grueso que había quedado como a cinco metros de ellas; los ojos abiertos apuntaban al cielo negro y lleno de humo y cenizas del botadero de basura cercano. Debajo y encima y a los lados del cuerpo estirado había mecates, muchos mecates, y un pedazo oxidado del tendedero. Yo pensé en un murciélago reducido a bicho de suelo, sorprendido por un cambio de señales en el cielo.

El Loco Ignacio dijo que se había equivocado: “Augusto no era santo, eso está claro, pero además no era un bicho

primitivo lúcido en el paisaje soleado; sí era un carajo ágil en la sombra de la noche, con una técnica de su oficio ingeniosa y respetable, pero no era un demonio sino un ratero”. Supo distraer la curiosidad de todos con una rutina extraña que hacía que lo ubicáramos tanto en el suelo, que hasta el Loco Ignacio se engañó ubicándolo tan abajo que se fue del ras hasta el pasado: “... era como una araña ladrona con mala leche, a la que además le faltaban cuatro patas. Y si era otro bicho le faltaron suerte, alas y otras herramientas”.

Un crimen

... una monstruosa cadena de delitos donde cada testigo fue un cómplice y cada cómplice un testigo.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

Curioso como todos por la relación de crímenes que resume azarosamente la prensa, nuestro personaje, además de indignado en su soledad —no por esta, puesto que con ella se autoprotege, sino por la marea, que no ola, de noticias sobre crímenes en La Juana—, pasa gran parte de todo el ocio que lo define, revisando cada nota roja cuyo titular le ofrece cualquier mínima posibilidad de que una persona conocida resultase implicada en un crimen de esos que se reseñan.

Esta mañana leyó: “Detienen a un camillero por robo de insumos médicos”, y recordó a un antiguo amigo, compañero de farras juveniles y de la red de conversas sobre las situaciones personales y familiares que en aquella época tejieron ellos dos en un grupo de amigos bastante numeroso; antes de abrir la nota para cerciorarse de ello, o de lo contrario, estuvo varios minutos imaginando a su amigo camillero en ese papel, esperando por supuesto que el nombre del criminal que ponían en la nota no fuera el de su amigo; lo recordó como honesto y buena gente, orgulloso y justo, entonces confió, y resultó que el nombre del ladrón no era Damián sino Dimas. Leyó:

Como Dimas José Flores Ruíz, de 48 años de edad, fue identificado un camillero detenido en el sector La

Vaquera por funcionarios de la Delegación Municipal 77, por el delito de hurto en el hospital Dr. Mario Rol-dán Guillén. El comisario González, director de la delegación de la Policía Municipal que coordinó el arresto, informó que luego de recibir una denuncia funcionarios policiales se trasladaron al centro médico asistencial ubicado en la parroquia La Vaquera, donde realizaron las experticias documentales que detectaron cómo Flores Ruiz sustruía insumos médicos en horas de su turno de guardia en el área de Farmacéutica de Emergencia, atentando contra la salud de las personas.

Sintió alivio de que el criminal de turno fuera una de las treinta y cinco millones de personas del país distintas a las decenas que conoció.

Esa manía, esa situación mental de nuestro personaje, surgió cuando se supo de aquel robo que tenía dos marcas, no una sino dos marcas distintivas del estilo de un conocido suyo que —nuestro personaje lo sabe— había sido partícipe de un crimen que llamaron perfecto, a no ser porque hubo una persona muerta.

Leyó luego de la comida: “Por tráfico de uranio: Le ponen los ganchos a 5 hombres en Caracas. Hasta el momento no se conocen más datos”. Le pareció demasiado extraño ese crimen para que algún conocido suyo estuviera implicado; no siguió leyendo la nota extraña para no incluir otra manía dentro de la manía de andar buscando en la prensa un crimen donde conociera a las personas involucradas.

Por la tarde leyó una de las noticias viejas que había coleccionado:

Un funcionario de la gloriosa Guardia Nacional fue asesinado con una “pat’e cabra” en una estación eléctrica

donde se encontraba investigando una denuncia de hurto. El occiso responde al nombre de Víctor Encina. Trascendió que era hijo de Victorino Encina, coronel retirado del ejército que desde hace varias décadas se dedica a la producción de alimento para animales y a la cría de ganado... El asesino responde al nombre de Elvis Paz...

Recortó esa nota porque trece o catorce años antes el viejo Encina había sido aguantador suyo una temporada. El viejo le había hablado de su hijo, le dijo que era un tipo muy pila y que estaba a punto de cuadrar unas tierras en el estado Lara a través de una extorsión. En la nota no decía que Encina era dueño de varias carnicerías en la capital y de una flota de camiones y cavas refrigerantes en sociedad con un cuñado que a su vez movía oro y esmeraldas desde el Alto Orinoco hacia Panamá. Era buena gente con los socios el viejo, y una rata con el pueblo. Del hijo no sabía más nada.

Es la hora de la requisa. Mañana es día de visitas. A él no lo recuerda nadie, ni siquiera por el bolso azul que llegó a tener durante tres horas, hace un par de años cuando lo detuvieron:

... contentivo de varias piedras preciosas, trece mil dólares y cinco mil euros, siete celulares de alta gama, tres pistolas marca Glock con cacerinas de 19 municiones, el detenido conducía un auto marca Toyota, modelo Four Runner, que también había extraído de la vivienda del delegado González, cuando este se encontraba en un operativo.

Nuestro personaje tampoco conoce a nadie que recuerde el robo aquel con, no una, sino dos marcas distintivas de un conocido suyo que, según oyó una vez, cayó por

otro crimen; la nota de prensa decía que “el hombre fue imputado por la comisión de hurto agravado y porte ilícito de armas de fuego... la privativa de libertad fue dictada por el tribunal 800° de Control del Área Metropolitana de Caracas”.

Sólo nuestro personaje reconoce la otra marca distintiva de su crimen. A veces le parece que aparte de él nadie nota lo evidente.

X

“Otra vez estoy hablando contigo, como ese personaje de míster Robot que repite esa frase casi tan cansona como Dorothy a fin de mes. Ahora pienso que esa costumbre de llamar estrellas a los actores y las actrices que salen en las películas que yo veo, no es nuestra, creo que es latina. En fin. Hoy la estrella es un tal George Floyd que murió por debilidad en un procedimiento de la policía. Aquí en X hubo hace unos años una estrella de esas. En Mineápolis la poli es muy fuerte, aquí en X es más y es mejor”...

El tipo es expolicía, está ebrio, observa las etiquetas de los licores y de reajo puede ver de vez en cuando el alboroto de la gente en el noticiero. El bar es de caoba y del mismo material los taburetes, el mesón, los pisos, las puertas. Buenas croquetas. Oscuro, pero limpio y tranquilo; nada es de caoba en el Dusty’s bar, que sí frecuenta; conoce muy bien las botellas blancas que están más lejos de la registradora, la música, el plástico y el televisor sobre la puerta. Le pide a Mike, pues ya sabe cómo se llama el mesonero, una sopa, otro trago y la cuenta.

“Dorothy debe estar preocupada por ese asunto de los negros. Ella sabe que su esposo no es un asesino; entonces sabe que la policía no hace esas cosas. Ahora las amenazas de protestas la atemorizan, se le pasará cuando yo llegue a casa. Tengo que sacar al perro; el viejo Luke, él no tiene la culpa de esas protestas, eso sí puedo asegurarlo... Trump hizo que Josua pudiera tener trabajo, él está pagando la hipoteca y el banco ya no nos amenaza con desalojarnos”.

El expolicía se levanta mientras observa en la pantalla del televisor a un famoso presentador de noticias de X. Mike sube el volumen. “Claro, sube el volumen porque es medio latino o medio negro”.

Organizaciones por los derechos civiles denuncian como falsas las primeras declaraciones de la policía de que las condiciones de salud y una presunta intoxicación por estupefacientes contribuyeran a la muerte de George Floyd. La autopsia realizada por la medicatura forense de Hennepin arrojó hallazgos finales que señalan su muerte como homicidio, causado por un paro cardiopulmonar mientras era retenido...

Silencio.

El tipo sale del bar y va a su casa. En la TV observa declaraciones de protestantes, de supuestos testigos, más antifas que ve como enemigos de su país sin saber que en realidad son agentes con antifaces... Las protestas diezmaron la reserva de botellas de su bar. Las protestas hacen subir su demanda de películas de venganza, y más películas y más pistolas y más disparos y más muertos y más botellas.

122

El niño —hijo de un vecino del expolicía de X con quien este no tendrá trato; un demócrata de clase media venido a menos, según él mismo había dicho cuando se presentó en la congregación— mira al presentador. Lleva en el bolso un arma, piensa que, aunque pudiera hacerlo sin temor, no va a repetir la masacre de Z, ni la de S, ni la de F... Él va a devolverla al escritorio de su padre, antes de que este se aliste para ir al bar donde tiene un *jam*, y note que no la tiene... Y se enfurezca.

Índice

Índice

Montes	11
Sendero	15
La partera	26
Central	35
Vecino	41
Hacia atrás	46
Cachicamo	50
Estribillo	58
La presencia	63
Carlucho y Eliseo	66
Y culebras	73
De jeta	77
Un celaje en la memoria de Yago	79
El Fino	89
Pecho	100
La fuga	105
Novela	109
Los santos	113
Un crimen	117
X	121

Montes y culebras

Se imprimió en el mes de octubre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo,

Caracas, Venezuela

Son 1.000 ejemplares

Montes y culebras. Obra ganadora de la X Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo. En ella, su autor presenta un texto tejido en una densa urdimbre, que ofrece a sus lectoras y lectores el lado más sonoro de un lenguaje literario nacido del habla rural, partiendo de la descripción de personajes y circunstancias. Este volumen es un compendio de dieciocho cuentos distribuidos en dos partes. En la primera, titulada «Montes», la realidad es dibujada por la cotidianidad y las intrigas entre los habitantes de localidades remotas. Le sigue, «Y culebras», título que lleva la segunda sección y en la que el conflicto entre los personajes se presenta como el elemento catalizador de la relación entre la alegría y el dolor del pueblo más humilde.

JOEL GILBERTO ROJAS CARRILLO

(Caracas, 1973). Poeta, escritor y editor. Es autor de los poemarios *Salmo al canto* (Fundarte, 2007) y *Árboles no son papeles* (Fundarte, 2021). Preparó y prologó la antología poética *Del pan y la canción* (La Estrella Roja, 2015). Asimismo, son de su autoría los guiones para el cuento gráfico *Mr. Boland*, de Salvador Garmendia (El perro y la rana, 2015), y de la crónica ilustrada *Por aquí pasó Zamora*, de José León Tapia (El perro y la rana, 2017). Participó en la creación de las colecciones Armandó Reverón y Fantomas y Juventudes Comandantes, ambas de la Fundación Editorial El perro y la rana.

